

**EN CAMINO**

**CON**

**LOS MARISTAS**

**PRÓLOGO**

**COMPARTIR UN ENCARGO,  
VIVIR EN LA ESPERANZA**

Por su finalidad y diseño, este folleto<sup>1</sup> intenta compartir un encargo a realizar, una responsabilidad que hemos recibido. También alberga la esperanza de que alguien acepte este encargo como cosa suya y se apodere de ella. Por eso lo compartimos como una invitación, con la esperanza de que se convierta en una llamada.

En todo caso, este folleto desea compartir nuestra herencia marista, ofreciendo algunos elementos de reflexión para sostener una vocación a largo plazo y alimentar un verdadero estilo de vida. En este sentido, puede tener el significado de bienvenida a la Familia Marista, una introducción al encargo que los maristas han recibido. Quien lo lea debe sentirse como en casa en la casa que es de María. Quizás pueda ser considerado como un recorrido general por la casa, destacando sus orígenes y estructuras, sin la pretensión de ser completo.

“El camino de los maristas” tiene en cuenta preguntas propias de la herencia marista y propone también algunas respuestas. Las preguntas podrían ser: ¿quiénes son estas personas llamadas maristas? ¿cómo perciben a la Madre de nuestro Señor? ¿de dónde vienen? ¿y por qué están aquí? ¿qué quieren? ¿hacia dónde se dirigen? ¿cómo van a llegar hasta allí? ¿quién podría ir con ellos? ¿cómo puedo pertenecer? ¿qué debo ser o qué debo hacer para compartir ese encargo que han recibido?

Al responder a estas preguntas, nos dejamos guiar por la experiencia de nuestra propia fidelidad al encargo recibido. Y en cuanto encargo, no es una invención propia, sino una obligación de transmitirlo. Aquí lo transmitimos ofreciendo puntos para pensar y rezar, para hacerlo propio y transmitirlo luego a otros.

Así pues, esperamos que este folleto no sea tomado como un texto oficial o un manual de aprendizaje, sino más bien como una charla entre familiares; una conversación amistosa sobre el estilo de vida marista y sus implicaciones para quienes siguen este camino, ya sea como individuos o como miembros de un grupo marista.

Este folleto no pretende ser exhaustivo ni el único modo de presentar el contenido de la espiritualidad marista. No puede pretender ser la última palabra sobre el proyecto marista. Más bien es como una herramienta autorizada y aceptable, como una guía práctica para la Familia Marista y sus miembros.

Por último, ofrecemos este texto como muestra de gratitud por el encargo que nos ha sido otorgado, para alimentarlo, cuidarlo y compartirlo. Ojalá que quien lo lea, se sienta debidamente llamado o llamada a compartirlo.

\*\*\*

---

<sup>1</sup> Este folleto ha sido escrito para la Tercera Orden de María en los Estados Unidos en 1985. Su finalidad es presentar un “itinerario seguro y claro a las personas laicas que aspiran a ser Maristas en el mundo”. Ha sido traducido del inglés y adaptado por el P. Joaquín Fernández.

## 1.- MARISTAS, CONTEMPLAN A SU MADRE

Los primeros maristas estaban convencidos de que no inventaron la Sociedad de María ni las imágenes de nuestra Señora, sino que la descubrieron como una madre misericordiosísima que los llamaba a cumplir sus deseos y a hacer “su obra” en este mundo.

Los primeros maristas no consideraron a María como un mero modelo o un ideal para ellos o para la Sociedad. Y, ciertamente, ella no era un mero objeto de su devoción. Nuestros fundadores creían más bien que era María la que quería que se trabajara en su nombre; que ella fue quien quiso que una Sociedad llevara su nombre; que sus miembros se llamaran maristas. María no es la patrona de una familia que le tiene especial devoción, es la fundadora de la Sociedad y su don máspreciado.

Hay muchas maneras de percibir, recordar, apreciar y venerar a la Madre de Jesús. Sus innumerables títulos dan cuenta de la calidad de su carácter y de su perfección, así como de las diversas percepciones que se tienen de ella en la historia de la salvación. Los maristas, por su parte, han llegado a aceptar y valorar el don de María como madre misericordiosa, apreciada por su presencia silenciosa en la aldea de Nazaret y como una poderosa presencia maternal entre los apóstoles y en la Iglesia primitiva, a la que dio su apoyo y su influencia.

La percepción de María como nuestra madre difícilmente puede calificarse como una visión estrictamente marista. Ese don fue dado a todos por Jesús en el Calvario. Sin embargo, la mente y el corazón de una madre que vive y ejerce una poderosa influencia en Nazaret y entre los apóstoles, constituye una rica porción de nuestra herencia marista. Se trata de una percepción llena de implicaciones para nuestro espíritu y nuestro modo de vida, que consiste en prolongar la presencia de dicha madre en la historia.

Los maristas intentan compartir su percepción de María con los demás y, por tanto, no se proponen presentarla bajo ningún título específico, ni siquiera como objeto dignísimo de veneración y devoción. Sin minimizar la verdadera devoción, los maristas expresan la fidelidad a su confianza más bien a través de una familia llamada por nuestra Señora a ser devota de su espíritu, de sus valores y comprometida con ellos como una verdadera forma de vida.

Además, la percepción de nuestra Señora va mucho más allá del mero recuerdo de cómo eran las cosas en su tiempo. Se trata, sobre todo, de un donpreciado de lo que María representa y de lo que María quiere para este mundo y ahora. Los maristas incluso sueñan con cómo podrían ser las cosas y, junto con los fundadores, querrían que el mundo entero fuera “marista”. El don de María para nosotros no es meramente personal, es decir, para poseerlo y conservarlo, sino más bien una responsabilidad a compartir con todo su pueblo.

Entre la gente hay quienes se llaman maristas, no porque sean una élite especial o unos pocos privilegiados, sino porque hay un trabajo que hacer aquí y ahora. Aquí y ahora, la Madre de nuestro Señor sigue siendo una madre cuidadosa y preocupada por sus hijos. Ella tiene “su trabajo” que hacer entre sus hijos, y los maristas, quizás más que la mayoría, están llamados a participar en ese señorío suyo.

Los maristas sienten que se les ha confiado la obra de María y el espíritu que la anima. La confianza consiste en prolongar la presencia maternal y misericordiosa de María para y en este mundo, a fin de alimentar, fomentar y sostener un pueblo mariano. Talvisión constituye el trabajo de toda una vida, un verdadero modo de vivir.

La obra de María debe ser verdaderamente nuestra. Te invitamos a reflexionar sobre ella.

\*\*\*

“Tengan siempre presente que, por elección gratuita, pertenecen a la familia de la Santísima Virgen María, Madre de Dios, de quien les viene el nombre de maristas... Deben en todo pensar como María, juzgar como María, y como María sentir y obrar; de lo contrario serían hijos indignos y degenerados”.

*Constituciones s.m., n. 49*

“Los apóstoles volvieron a Jerusalén desde el monte de los Olivos.... entraron en Jerusalén y subieron a la habitación donde se alojaban.... se reunían frecuentemente para orar juntos... y la Madre de Jesús estaba allí”.

*Hch 1,12-14*

## 2.- UN ESPÍRITU ENTRE LA GENTE

El descubrimiento de María por parte de los primeros maristas no sólo amplió su conocimiento y comprensión de la Madre de nuestro Señor y sus deseos para con los miembros de esta humanidad, sino que también les abrió los ojos a nuevos horizontes. Y empezaron a soñar con nuevos reinos a conquistar. El trabajo de su vida sería nada menos que el de la misma Virgen María.

Todo era muy sencillo. Si un número suficiente de personas descubrían a María como ellos, vivían según sus valores y su espíritu, se revestían de la mente y del corazón de María, incluso permaneciendo ocultos y desconocidos, por así decirlo, eso podría hacer y haría toda la diferencia del mundo.

Los primeros maristas estaban convencidos de que las ideas que aceptaban con esperanza y sencillez exigirían un cambio. Pero no se veía como una batalla a librar contra los fracasos del pasado o las estructuras o actitudes del presente. Era más bien la creencia en el poder de la presencia de María tocando a sus queridos hijos. La visión, proyectada en horizontes lejanos, hacía que el futuro pareciera fresco y vivo, diferente a la realidad de hoy.

Convencido de que María quería abrazar a todos sus hijos y compartir su espíritu con ellos, Juan Claudio Colin recordaba a los demás compañeros maristas que su tarea era nada menos que hacer que el mundo entero fuera marista. Incluso la Iglesia podía llegar a ser diferente y “nueva” gracias al espíritu de María entre la gente.

La esperanza de Colin reflejaba una sencilla convicción de que el poder y la “presencia” de María podían transformar a las personas y cambiar sus vidas. Colin quería que este sueño se realizara porque María lo quería. La Madre de Jesús entre su pueblo, como lo había sido entre los apóstoles, encarnaba una visión de esperanza para la humanidad entera. Que ese sueño fuera realista o no, no alteraba ni un ápice la visión. Seguía siendo la visión permanente de la obra de María encomendada a su familia.

En pocas palabras, un espíritu que entre en la gente, hunde sus raíces en una mujer que quiere ser la madre misericordiosa para todos sus hijos.

En virtud de nuestra herencia y de un encargo recibido, llamarse marista significa que hay un trabajo que hacer. Es la obra de Santa María la Virgen en favor de su pueblo y en medio de su pueblo. Se puede describir como una unidad especial del ejército de María: Pensar, Actuar, Hablar de Cristo como María lo hizo en su vida y como lo haría hoy a través de nosotros.

Para bien o para mal, siempre hay un espíritu y una mentalidad que habita en el pueblo y lo abarca todo. Para conseguir un mundo mucho mejor, los maristas están convencidos de que ese espíritu en el pueblo debe ser mariano. Están convencidos, además, de que la Virgen lo querría así.

Los maristas participan en el señorío de María porque siguen convencidos de que este señorío debe englobar y abrazar a todos los hijos de María. Quieren la vida en abundancia para todos y por ello, se dedican a una tarea que alimente y fomente el espíritu entre la gente.

Tal esperanza, incluso cuando se realiza, permanece oculta y más allá de nuestra capacidad de ver. Sin embargo, el mérito está en poner nuestra confianza, en este señorío lleno de gracia, en Dios y en los deseos de la Madre de nuestro Señor.

Esta visión se convierte en una rica porción de la visión original de los maristas y del trabajo al que se sintieron llamados a realizar en este mundo. El mundo entero, de hecho, podría convertirse en marista o en mariano, con una visión de la misericordia que se haría eco del Magnificat; un enfoque sencillo que evoca de alguna manera los recuerdos de la Sierva del Señor.

Independientemente de que los primeros maristas llegaran a ver esa visión siquiera remotamente lograda, seguían convencidos de que nunca debían dejar de intentarlo.

Y nosotros tampoco deberíamos hacerlo.

\*\*\*

“Ánimo, nuestro objetivo es nada menos que hacer marista el mundo entero”.

*J. C. Colin*

“Estamos trabajando por algo que es la obra de la Santísima Virgen. Sí, soy el fundador y superior general de los Hermanos, pero no creo que sean para mí. No, no, eso es sólo una rama de algo que es más grande y esta cosa es la obra de la Santísima Virgen”.

*San Marcelino Champagnat*

Nunca dudamos de que Dios quería la obra de la Santísima Virgen en esta diócesis”.

*Juana María Chavoin, Carta a un obispo.*

Un espíritu entre la gente:

“Los judíos empezaron a murmurar de Jesús porque dijo: Yo soy el pan que ha bajado del cielo. Decían: Pero este es Jesús, el hijo de José. Conocemos a su padre y a su madre. ¿Cómo, pues, se atreve a decir que ha bajado del cielo?”

*Jn 6,41-42*

### 3.- LOS PRIMEROS MARISTAS CONVENCIDOS DE UNA LLAMADA

Los primeros maristas se consideraron llamados, por una elección gratuita, a un camino de vida; la Sociedad que lleva el nombre de María surgió por la fuerza de esa convicción común. Por las gracias recibidas de Dios y por la presencia muy real de María en sus vidas, creyeron sin ninguna duda que Nuestra Señora quería algo de ellos. Impulsados por esta creencia, individualmente y como grupo, prometieron su fidelidad a la llamada.

Agradecidos por las gracias recibidas y conscientes de que María había tocado de algún modo sus vidas, los primeros maristas simplemente aceptaron como un hecho que María quería que pertenecieran a su nueva familia.

No hay que imaginar que estos jóvenes eran presa fácil de ilusiones; no veían visiones ni oían voces de lo alto. Tal vez podríamos decir que esta convicción llegó más bien como la culminación de un proceso que incluye la fe y la esperanza y sus efectos en sus vidas. Fue una cuestión de reflexión y de opciones hechas desde la perspectiva de la fe y a través de intuiciones que no son menos reales por el hecho de ser espirituales.

Tal vez los primeros maristas no pudieron describir claramente tal convicción y cómo se produjo. Sospechamos que ni siquiera lo intentaron. Tampoco nosotros, cuando llegamos a “sentir” que hay “algo” que debemos hacer en lo más profundo de nuestro ser. ¿Acaso no hemos oído decir alguna vez: “quiero tanto esta cosa que casi puedo saborearla”?

En cualquier caso, los primeros maristas sí sintieron el toque de María en sus vidas. También ellos tenían la sensación de que debían responder a la llamada de María.

Tal vez la convicción surgió como resultado de un descubrimiento. Como en la parábola del Reino, estos maristas descubrieron una perla de gran valor, y simplemente supieron que tenían que apropiarse de ese tesoro. Era lo que siempre habían buscado, y ahora podían tenerlo. María quería que lo tuvieran, y con ese convencimiento encontraron su llamada.

Si bien es cierto que las llamadas no son fáciles de analizar, tampoco son tan infrecuentes. Cuando hablamos de una llamada lo hacemos, en gran medida, con el lenguaje del corazón. Somos conscientes de ello, y no por eso nos sentimos obligados a pedir disculpas.

Hablar de la llamada de María va al fondo de la cuestión. La convicción es la convergencia de un gran número de factores, percepciones y gracias, que se materializan en una simple declaración de “hecho”. En nuestro corazón, sabemos que se trata de un hecho que trasciende todo análisis y descripción. Es una convicción que reside en el alma; se aprecia mejor a través de la poesía del corazón.

¿Hay otra manera mejor para que los seres humanos lleguen al corazón de las cosas?

#### 4.- LOS MARISTAS, ¿DE DÓNDE VIENEN?

En el año 1816, doce jóvenes seminaristas franceses habían tomado una decisión, avalada por una convicción común. Al día siguiente de su ordenación sacerdotal en la diócesis de Lyon, hicieron ante Dios la promesa formal de que, aun siendo sacerdotes diocesanos, dedicarían sus talentos y energías a participar en la “obra de la Santísima Virgen” en este mundo. Más concretamente, prometieron realizar lo que creían que se esperaba de ellos.

Sentían que la Virgen quería una respuesta a la llamada de fundar una Sociedad que llevara su nombre, y que los miembros de esa familia se llamaran “maristas”. La promesa formal hecha en la capilla de Fourvière en 1816, fue la respuesta oficial a lo que María quería. Fue el primer gran paso hacia el futuro establecimiento y realización de la Familia Marista. Pero Fourvière fue también la culminación de lo que había ocurrido antes.

En un período ya bastante mariano en su mentalidad, lo que ocurrió antes de esa promesa fue las numerosas reuniones de unos seminaristas (llegaron a juntarse dieciséis) durante los dos últimos años antes de su ordenación. Se reunieron para compartir sus intuiciones y cómo habían experimentado a María en sus vidas; expresaron sus sueños y sus esperanzas de lo que podrían significar el espíritu y la presencia de María para su tiempo y su Iglesia.

Entre los seminaristas había uno que se llamaba Juan Claudio Courveille, que era obviamente una de las primeras fuerzas motrices del grupo. Sus experiencias personales y sus ideas ayudaron a alimentar la convicción de que la Madre misericordiosa de Jesús quería ser el apoyo de la Iglesia aquí y ahora, como lo había sido en sus inicios.

En apoyo de la Iglesia, en respuesta a la llamada de María y como partícipes de los designios de María (su obra) para con el mundo, los maristas fundadores creían firmemente que María quería una Sociedad que llevara su nombre. Su Sociedad incluiría sacerdotes, hermanas, hermanos (gracias a la prontapetición de Marcelino Champagnat de incluirlos, y poco después él mismo fundó los Hermanos Maristas), y sobre todo laicos, todos ellos comprometidos con la obra de la Santísima Virgen en el mundo. Sería un verdadero ejército de personas inspiradas y sostenidas por la presencia y el espíritu de la Madre de nuestro Señor. La Madre de Jesús no quería excluir a nadie de su Sociedad.

Después de la promesa hecha en Fourvière, los jóvenes “maristas” se encontraron dispersos a lo largo y ancho de su diócesis; pero no se olvidaron de la promesa. Courveille siguió mostrando un cierto don para dirigirlos, aunque no iba acompañado ni de prudencia ni del debido respeto por las autoridades. En consecuencia, su liderazgo se resintió a lo largo del proceso.

Pocos meses después de la promesa hecha en 1816, Marcelino Champagnat ya estaba ocupado, y además con éxito, en su esfuerzo por fundar y organizar a los Hermanos Maristas.

Quizás el candidato menos probable para dirigir el grupo fundador era el “pequeño” Juan Claudio Colin. Sin embargo, como coadjutor de su hermano mayor en Cerdon, experimentó una transformación personal y dejó de ser “pequeño”. En 1822, Juan Claudio Colin había redactado las líneas maestras de lo que sería la Sociedad y estaba preparado para iniciar el camino que llevaría a su aprobación por parte de la Santa Sede en Roma.

En 1836, la Santa Sede dio su aprobación a la rama sacerdotal de la Sociedad de María. Juan Claudio Colin fue elegido poco después y por unanimidad su primer superior general. Mientras tanto, los Hermanos Maristas, fundados por Marcelino Champagnat, y las Herma-

nas Maristas, fundadas por Juana María Chavoin, siguieron existiendo como congregaciones diocesanas.

Ciertos grupos de laicos siempre estuvieron asociados al proyecto marista de una u otra forma. Muchos de ellos no se distinguían de los grupos parroquiales. El trabajo realizado por el P. Julián Eymard, después de 1845, dio a la rama de la Tercera Orden de la Sociedad de María su impulso y sus estructuras, que hasta hoy persisten en la Familia Marista.

Desde el principio, el proyecto marista preveía una gran familia o corporación con cuatro ramas. Aunque Roma nunca aprobó el proyecto en su forma integral, las cuatro ramas (de las que han surgido otros grupos marianos, entre ellos las Hermanas Misioneras de la Sociedad de María, SMSM) existen hoy en la Iglesia.

Todo comenzó con la convicción de que María quería algo para sus hijos aquí en la tierra, para el bien de ellos. Quería abrazar a todos sus hijos y hacer de ellos un pueblo con un solo espíritu y un solo corazón, para compartir con ellos su vida y su espíritu, para ser el apoyo de la Iglesia como lo había sido entre los apóstoles.

La misericordiosa Madre de Jesús no ha cambiado en nada. Y eso puede ser un motivo más para que miremos más allá de nuestras propias raíces, más allá de los humildes comienzos del nacimiento de nuestra familia. Eso debería ser un motivo más para crecer en esperanza. No estamos presumiendo cuando creemos que nuestras raíces se extienden mucho más allá de nuestra aparición concreta en el tiempo y entre la gente. Esas raíces descansan más bien en la cualidad intemporal del corazón de nuestra Madre. Nuestra esperanza se apoya, pues, en la convicción de que todas las generaciones se darán cuenta de que un reino de misericordia es verdaderamente un lugar bendito en el que habitar.

Esta es, sustancialmente, la explicación de dónde proceden los maristas.

\*\*\*

“La Santísima Virgen dijo: ‘Yo fui el apoyo de la Iglesia en sus comienzos; lo seré también al final de los tiempos. Mi regazo estará abierto a todos los que quieran venir a mí’”.

*J.C. Colin*

“La finalidad de la Sociedad es imitar a la Virgen Santísima, siempre tan discreta y a la vez tan llena de celo por la salvación del mundo, y haciéndolo en silencio”.

*J.C. Colin*

Cuando establecía los cielos...  
cuando condensaba las nubes en lo alto...  
cuando fijaba su límite al mar...  
ahí estaba yo a su lado...  
yo era su delicia cada día  
jugando ante él en todo tiempo...  
y mi alegría era estar con los hombres.

*Prov 8,27-31*

## 5.- ¿QUÉBUSCAN LOS MARISTAS? - UNA MIRADA AL PASADO

No nos queda más remedio que mirar hacia atrás para recuperar la visión y las ideas originales de los fundadores. Ellos, por su parte, valoraron muy positivamente su convicción y buscaron conseguir sus objetivos, sobre todo viviéndolos paso a paso. No elaboraron un gran proyecto para revolucionar su mundo con un plan agresivo e inalterable. Tampoco sintieron la necesidad de explicar sus intuiciones o puntos de partida que para ellos no necesitaban explicación.

Quizá estemos en lo cierto cuando suponemos que expresiones como “la obra de María”, “el espíritu de la Sociedad”, el “señorío de la misericordia” de María, “oculto y desconocido en este mundo”, eran intuiciones de las que hablaban entre ellos, que formaban parte de su lenguaje cotidiano y no eran muy ambiguas, en las que encontraban un sentido muy especial. Era algo tan evidente que era inútil buscar una explicación.

Seguramente fue para ellos un lujo del que las generaciones siguientes no hayan podido gozar con tanta claridad. En ese caso es posible que a los miembros de esas generaciones les haya tocado mirar hacia atrás para recuperar y apreciar las intuiciones y los carismas originales, que siguen siendo válidos y significativos en cada tiempo, aunque los tiempos cambian, al igual que las personas y el lenguaje que utilizan.

Al mirar hacia atrás, los maristas son más afortunados que una mayoría de otras personas. Por suerte, las palabras y los hechos de Juan Claudio Colin fueron fielmente registrados por un devoto secretario que nos ha dejado una gran cantidad de información sobre el fundador y la herencia que nos legó. También tenemos la suerte de que en los últimos 50 años se ha realizado una seria y extensa investigación histórica que nos ha permitido redescubrir a nuestros fundadores y la visión con la que se comprometieron personalmente. Ha sido un trabajo penoso que nos ha enriquecido a todos.

En la parte histórica hemos llegado a comprender y a apreciar nuestras raíces en el orden inverso al que esas raíces crecieron y se desarrollaron a lo largo de los años, con los inevitables cambios de perspectivas y énfasis que se producen en todos los organismos vivos, incluidas las familias religiosas.

Al mirar atrás, sin duda nos hemos dado cuenta de que la comprensión de nuestra herencia marista es paralela en gran parte a la percepción y comprensión que tenemos de Juan Claudio Colin. Hablando de manera general, también hemos llegado a apreciar la vida de Colin y su impacto en la Sociedad en el orden inverso al de su vida.

Sugerir que hemos llegado a entender a Colin primero en su jubilación, luego como superior general dinámico y activo, y finalmente como joven sacerdote con una visión de la futura Sociedad, no implica que nuestro proceso nos haya llevado a una meta equivocada. Lo que sí sugiere es que se trata de un proceso de descubrimiento y que al final habrá un resultado positivo. Esto se menciona aquí para señalar que la presentación que hacemos ahora es un intento honesto de mostrar dónde estamos, sin pretender estar diciendo la última palabra sobre el tema.

Dicho esto, y mirando hacia atrás, hay ciertos puntos que destacan sobre otros y vamos a intentar compartirlos.

En pocas palabras, nuestros fundadores querían lo que María quería para sus hijos en este mundo. Querer lo que quería María hasta podía sonar simplista, pero revelaba una convicción muy profunda: que nuestra Señora estaba profundamente preocupada e interesada

como Madre de misericordia. Además, apuntaba a una visión amplia que ellos llevaban dentro en favor de todos los hijos de María. Se sentían enviados y con la misión de prolongar la influencia y la presencia de María entre su pueblo. Lo que María quería se convirtió en la inspiración y la fuerza que los impulsaba en su desinteresada disposición a participar en ello, a hacerlo en el nombre de María y con su espíritu. Colin veía a los maristas como un grupo de personas con una visión amplia y su método era la sencillez. Eso era parte de lo que quería la Virgen María.

Convencidos de su llamado a hacer la obra de María, los primeros maristas estaban inspirados por un sentido de misión. Ser marista era estar en misión. Su vocación era una herencia que habían recibido, una obra que se les había confiado para el bien de todos. Colin decía a menudo: “Nuestra tarea es nada menos que hacer que todo el mundo sea marista”; no se trata de una petulancia orgullosa, sino de una afirmación muy sencilla de lo que María quería.

Ese buscar lo que María quería dio a los primeros maristas la perspectiva para comprender mejor quiénes eran y qué pretendían. No fueron llamados para sí mismos ni tampoco solo para la Sociedad de María. Al contrario, se percibían a sí mismos como partícipes de una obra mucho más grande que la suya; mucho más “oculta y desconocida” en el misterio de María en medio de su pueblo de lo que ellos podían imaginar; sin duda mucho más extensa de lo que cabía en sus sueños más ambiciosos; más duradera de cualquier esperanza que pudieran albergar para la propia Sociedad. En el fondo, si los maristas no hicieran la obra de María, ella encontraría otro camino para realizarla. Colin recordaba a sus compañeros maristas que la Sociedad podría desaparecer, pero que la obra de María continuaría.

Al recordar estos orígenes, no deja de ser sorprendente que, a pesar de que prevalecía la sencillez, y tal vez debido a ella, los Fundadores previeron para la Familia de María un plan que no sólo era único, sino que era revolucionario e inédito en los anales de la Iglesia. Podemos preguntarnos si de verdad pretendían realizar y fundar una congregación religiosa. ¿Qué clase de “congregación religiosa” es esa que está compuesta por sacerdotes, hermanas, hermanos y todo tipo de personas, en la que, presumiblemente, algunos miembros emitirían votos religiosos y otros no? El cardenal romano que revisó el proyecto marista probablemente también pensó lo mismo. Con una sonrisa en el rostro (¿se quedaría mudo?), le preguntó a Colin si este proyecto pretendía englobar a todo el mundo. Colin respondía afirmativamente y sugería que el propio Papa sería su jefe. A veces podemos preguntarnos si estos tipos sencillos no tenían toda la pinta de revolucionarios a los que había que vigilar. Sin embargo, sí sabemos que estos hombres tenían sus corazones llenos del espíritu de María y eso les protegía contra cualquier peligro.

A pesar de la amplitud de miras y de sus implicaciones utópicas, los Fundadores tenían los pies en el suelo. Sabían dónde tenía que empezar la obra de María y todo lo que ella implicaba. Para ellos, ser marista era, ante todo, una cuestión de SER que llevaba consigo un cambio, y ese cambio debía darse primero en ellos mismos. Quienes se llamaran a sí mismos con un nombre nuevo (maristas), tendrían la obligación de cambiar y de revestirse del espíritu de María y de hacer que sus corazones latieran al unísono con el de ella. Colin describió a los maristas como personas que pensaban y sentían lo mismo, con un solo espíritu y un solo corazón. La obra de María sería, en primer lugar, un reto para que los propios maristas pensaran, sintieran, juzgaran, actuaran y hablaran como lo haría María.

Un tal cambio en las personas tendría, a la larga, implicaciones sociales y eclesiales que provocarían cambios que marcarían la diferencia. Eso explica, sin duda, la afirmación de Colin de que revestirse del espíritu de María tendría como resultado el que la Iglesia (¡nada menos!)

fuera diferente y de otra forma a como lo era en ese momento. Colin lo diría llanamente: “Tenemos la tarea de fundar, por decirlo de alguna manera, una nueva Iglesia”. Probablemente lo dijo porque María quería que lo dijera.

Al repasar hoy nuestra herencia, nos puede sorprender que nuestros fundadores, al igual que su visión y su mentalidad, parezcan tan propios de nuestros tiempos y de nuestra época, en los que hemos tomado conciencia del sacerdocio de los laicos. La realidad es que nuestros fundadores veían la Casa de María, es decir, su Sociedad, como una casa y una familia abiertas a todos, en la que cada uno participaba de la misma misión en la medida de sus posibilidades y de acuerdo a su situación y a su vocación. Los únicos que no podían ser maristas eran los que se excluían a sí mismos por negarse a creer.

Por lo que se refiere al lugar de los laicos dentro del proyecto marista, nuestra herencia es rica y debemos estar agradecidos. En el proyecto marista, hemos de tomar buena nota que los laicos siempre, desde el principio, fueron considerados parte de su estructura y parte integral de la Sociedad. En ningún momento los laicos fueron considerados como ayudantes o voluntarios que participaban ocasionalmente. Al contrario, formaban parte del cuadro original. El árbol marista nunca existió sin tener en cuenta todas sus ramas. En realidad, la mayoría de quienes se llamaban maristas debían pertenecer por necesidad a la rama laical.

Hoy hay muchos laicos que pertenecen a la Sociedad de María. Históricamente han sido más conocidos como miembros de la Tercera Orden. Este nombre es una designación canónicamente válida. Pero desde el punto de vista de nuestra herencia, tenemos todo el derecho a llamarlos simplemente maristas. Y tal vez deberíamos aprender a hacerlo.

Todo parece muy de acuerdo con lo que María quería para su pueblo y con lo que también querían nuestros fundadores.

\*\*\*

“Ella (María) es la madre de la misericordia. Su congregación tendrá varias ramas. Estará abierta a todo tipo de personas”.

*J.C. Colin*

“Espero que la próxima semana recibamos respuesta de la sagrada congregación sobre nuestras propuestas maristas...”

Me temo que la respuesta sea muy simple; es decir, que se contenten con ofrecer algunas buenas recomendaciones para el plan de la Sociedad, que en general les parece demasiado vasto. Es la amplia visión de nuestro plan la que presenta el mayor obstáculo.

Si hubiéramos presentado solo la rama sacerdotal y una regla completa, estaríamos en camino de la aprobación.

En su lugar, he mantenido intacto el amplio plan con el fin de conseguir el objetivo principal de este viaje, que es obtener una orientación y saber si podemos esperar realizar nuestro plan”.

*J.C. Colin - Roma, 30 de enero de 1834.*

“Cristo es fiel como hijo puesto al frente de su propia casa, que somos nosotros, si es que mantenemos la confianza y el gozo que proporciona la esperanza”.

*Heb 3,6*

## **6.- HERENCIA MARISTA: COMPRENSIÓN POR ETAPAS**

Cuando Roma invita a las comunidades religiosas a volver a sus orígenes y a repensar sus intuiciones originales, está insinuando que los institutos religiosos, en cuanto instituciones vivas, pueden olvidar el pasado y sus raíces; pueden embarcarse en direcciones que no siempre reflejan sus carismas originales.

Los maristas también han mostrado que son humanos por la forma en que se han comprendido a sí mismos a lo largo de los años. Esto no significa que se hayan alejado radicalmente de la propia herencia o que hayan distorsionado gravemente su imagen. Lo que sí quiere decir es que, en distintos momentos, unas intuiciones se han impuesto sobre otras; que se han dado cambios en aspectos destacados de la herencia recibida. Es comprensible y sin duda forma parte del proceso para llegar a una mejor comprensión. Esta toma de conciencia está en la base de estos comentarios, sabiendo que nuestra comprensión está lejos de ser completa.

Ya hemos señalado que nuestra autocomprensión ha ido, más o menos, en paralelo con la evolución de nuestro conocimiento de Juan Claudio Colin. Esta evolución ha matizado la elección que hemos hecho de las ideas que, a nuestro juicio, mejor expresaban el espíritu de la Sociedad. A pesar de todo, quizás sea justo decir que nuestra tarea ahora no es tanto la necesidad de retractarnos de la elección hecha, cuanto de reorientarnos de nuevo.

Vale la pena recordar a Colin en su jubilación, aunque no refleja la misma imagen de aquel hombre que en su día fue la inspiración y guía dinámico de una Sociedad que presidió como Superior General. Como Superior General, las palabras y los actos de Colin llevan las huellas de las exigencias, los modos de hacer y las posibilidades del propio cargo. Pero, además, el conocimiento que tenemos de Colin en sus inicios sacerdotales arroja el retrato de las grandes esperanzas y sueños que sustentaron su dinamismo a lo largo del camino que lo llevó a la aprobación de la Sociedad.

Los historiadores maristas han sugerido que ha habido varias fases en la comprensión de la persona de Colin, acompañadas de algunos supuestos elementos generalmente aceptados sobre nuestra forma de vida marista.

Hemos mirado hacia atrás, hacia los orígenes de nuestra Familia Marista y del espíritu de María, y hemos encontrado que es un camino válido e idóneo para alcanzar la santidad y la perfección personal. Seguramente no nos dé la imagen completa, pero no tenemos ningún interés en cuestionarla o negarla. Hemos reconsiderado el rico y significativo concepto de “oculto y desconocido en el mundo” y, en gran medida, lo hemos percibido como una meta a buscar con decisión. Como resultado, hemos sacado algunas conclusiones, unas definitivas y otras en cierto modo negativas, sobre obras y ministerios que pudieran oler remotamente a reconocimiento o notoriedad. Quizás criticamos demasiado algunos asuntos que no hubiéramos debido juzgar prematuramente. Esperamos volver a la frase “oculto y desconocido”.

En otras ocasiones, hemos considerado nuestro espíritu marista más como un modo de realizarlos diversos ministerios. Se trataba de percibir nuestro espíritu como vehículo que tenía que influir en la forma de desempeñar nuestras obligaciones. Es una actitud que no deberíamos descartar fácilmente, pero en nuestras inspiraciones maristas hay más que una técnica para hacer el bien.

Hoy el proceso de autoconocimiento sigue adelante, y así debe ser. Este folleto no es más que un intento de destacar lo que puede ser ese conocimiento. No pretende ser completo y, desde luego, no es definitivo. Simplemente trata de ser honesto y fiel dentro de un proceso que sigue su curso.

Por el momento podemos sugerir, de manera sencilla y general, que nuestra contribución como maristas al cuerpo de Cristo aquí en la tierra es sencillamente ser “maristas”. El espíritu de María y su forma de vida es nuestro ministerio. Estamos aquí para hacer la obra de María, para prolongar y hacer realidad su presencia entre su pueblo. ¿De qué otra manera puede ser María el apoyo de la Iglesia en nuestro tiempo? Nuestra principal y permanente tarea sigue siendo pensar, sentir, actuar, juzgar y hablar como lo haría María si estuviera en nuestro lugar.

Esto no es nuestra manera de buscar la perfección; es un legado que se nos ha confiado, y que debemos compartir con todo el pueblo.

Es un pensamiento a tener siempre muy presente en nuestra meditación y oración.

\*\*\*

“Difícilmente puede nuestra congregación, y menos que cualquier otra, ser tentada de encontrar en sí misma la razón de su existencia. Sólo existe para anticipar y preparar un pueblo mariano que la supere en todo, borrándose espontáneamente para que el mayor número posible de personas llegue a ver en María la imagen de la nueva Iglesia”.

*Jean Coste, sm*

“El reino de Dios no vendrá de forma espectacular, ni se podrá decir: ‘Mirad, está aquí’ o ‘está allí’; porque el reino de Dios está entre vosotros”.

*Lc 17,20-21*

## 7.- LOS PRIMEROS MARISTAS:

### LO QUE MARÍA VERDADERAMENTE QUERÍA

Parecería que Juan Claudio Colin, al hablar de las intuiciones maristas, lo hacía mejoren un ambiente informal. En ese ambiente hablaba con libertad y espontaneidad. En familia se habla desde el corazón, con fe sencilla, con libertad imaginativa, como hijos de Dios y de María.

Sin duda los fundadores compartieron entre ellos sus convicciones e intuiciones y lo hicieron con “pasión”, utilizando el lenguaje de la época que tenía sus implicaciones propias y un enfoque sencillo... a veces con un estilo más poético y lleno de fe que estrictamente teológico o especulativo. La sencillez en la manera de trabajar no solo era una característica propia de la Sociedad, sino que también entró en el lenguaje utilizado para describirla. Cuando los fundadores hablaban de la Sociedad, a menudo utilizaban el lenguaje del corazón. Nuestra tarea es escucharlos en ese mismo tono.

Nosotros también utilizamos términos imprecisos para describir el mundo que nos rodea, ya menudo lo utilizamos con gusto. No es muy científico hablar de amaneceres y atardeceres; podemos hasta mentir sobre lo que hace el sol, pero nadie se molesta por eso. El corazón tiene su propia sabiduría y no desea cambiarla por otra.

Los primeros maristas en ese momento estaban convencidos de que María quería algo de ellos. Se podían identificar fácilmente con Courveille que había compartido con ellos cómo estaba convencido de que casi podía escuchar a María decirle, en lo más profundo de su ser, que quería ser el apoyo de la Iglesia tal como lo había sido cuando la Iglesia nació. Por eso, la imagen de María entre los apóstoles tuvo tanto significado para ellos.

Los primeros maristas también estaban convencidos de que la obra de María debía continuar y que habían sido llamados a participar en ella. La frase “obra de María” no es muy adecuada para describir lo que “l'oeuvre de la Sainte Vierge” quería decir. La obra de María se refiere a su inmersión total en la vida del cuerpo místico de Cristo. Habla de su continua preocupación por sus hijos, sus sueños de Madre, las grandes esperanzas que tiene puestas en ellos. María es la Madre preocupada por sus hijos, presente entre ellos y queriendo estarlo todavía más a través de quienes comparten su corazón y su espíritu. Hace referencia a su poder y su actividad entre su pueblo, a su presencia e influencia espiritual que siempre permanecen ocultas y desconocidas. A todo el contenido de la frase quisieron dar su apoyo los primeros maristas.

Eso hizo que los fundadores creyeran que María los quería y los llamaba a participar en su obra. En un nivel diferente y más práctico, estaban convencidos de que Nuestra Señora quería una Sociedad que llevara su nombre; quería que los miembros se llamaran maristas. Y como era Madre de todos los pueblos, nadie quedaría excluido. Su Sociedad tendría pues, varias ramas, que incluirían todo tipo de personas de todos los ámbitos de la vida, y todos harían la “obra de la Santísima Virgen”.

Hablando desde el corazón, con una fe sin complicaciones y con mucha sencillez, Colin también compartió otras convicciones que nos ayudan a comprender lo que María realmente quería. Colin expresaría muy sencillamente ideales como estos: todo el mundo ha de ser marista; tenemos que fundar prácticamente, por así decirlo, una nueva Iglesia; la presencia de María en este mundo se debe parecer a la de todo un ejército; al final de los tiempos habrá un solo reino y ese será el reino de la Santísima Virgen; todos los maristas han de ser instrumentos de la misericordia divina. Colin fácilmente podía identificarse con otra convicción algo hogareña y sencilla, que otros muchos ya daban por hecha: en este mundo se da el

Reino de Jesús, que es un reino de justicia, y por otro lado está el Reino de María y su ámbito la misericordia.

Teniendo en cuenta los muchos aspectos de la vocación marista, tal vez podríamos resumir lo que María quería y cómo debería continuar su trabajo entre la gente con unas sencillas afirmaciones propias de los maristas.

Para los maristas, lo que María quería para este mundo y en este mundo era un verdadero Reino de misericordia. Los maristas se han convertido en participantes en ese reino; pero también recibieron el encargo de compartirlo con otros. En el Reino o señorío de María nadie debería ser excluido, ya que María quiere abrazar a todos sus hijos. Puesto que los maristas deberán vivir del espíritu de María y deberán pensar, sentir y actuar como ella, se convertirán en instrumentos de misericordia.

Esto, en pocas palabras, bien puede poner de relieve lo que María quería de las primeras personas que escucharon su llamada y luego se llamaron a sí mismas maristas.

\*\*\*

“¡Padre justo! El mundo no te ha conocido; yo, en cambio, te conozco, y todos éstos han reconocido que tú me has enviado. Les he dado a conocer quién eres y lo seguiré haciendo, para que el amor que me tienes esté también en ellos, y yo mismo esté en ellos”.

*Jn 17,25-26*

## **8.- VISIÓN MARISTA:**

### **DESCONOCIDO Y OCULTO**

Como todos los cristianos, los maristas creen que el corazón puede ensalzar o estropear las cosas que se hacen. Nuestro Señor dijo que, si vamos por la calle muy piamente con el deseo de ser estimados o parecer piadosos, ya tenemos la recompensa que merecemos. San Pablo nos recordará que podemos entregar nuestros cuerpos hasta ser quemados, pero sería inútil, sino hay amor.

Los maristas estarían de acuerdo en que actuar o dejar de actuar por lo que la gente pudiera decir o pensar de ellos sería una triste pérdida de dignidad. Por otro lado, son conscientes de que dejan huella en otras personas, para bien o para mal. Es importante la presencia entre la gente, pero también sabemos que el valor de esa presencia deriva de la rectitud y no de los aplausos. Si la rectitud provoca aplausos, hay que estar agradecidos por la bonificación que eso trae, ya que nunca fue parte del contrato.

Los maristas también aprecian el valor que añade hacer el bien y evitan deliberadamente recibir paga por ello. Es un signo de buen ascetismo; es bueno para el alma por varias razones. Del mismo modo, otras veces, y en igualdad de condiciones, los maristas aplaudirían a cualquiera que eligiera una tarea más servil o menos notoria como símbolo de la propia pobreza de espíritu, a imitación de María, la Sierva del Señor.

A esto, aunque no necesariamente independiente o ajeno a ello, hay que decir que los maristas también han llegado a apreciar el rico valor contenido en una frase recibida como parte de su legado: “oculto y, por así decirlo, desconocido en el mundo”. Es una frase muy muy sencilla, pero llena de ricas connotaciones.

Por un lado, “oculto y desconocido” trae inmediatamente a la mente a la Madre de nuestro Señor. Evoca recuerdos de Nazaret y de María entre los apóstoles: el poder de su presencia influyente, la belleza exquisita de su amor desinteresado y su disponibilidad, la serenidad de su modo de ser tan presente y a la vez como oculto y desconocido dentro del misterio de su ser. Tales recuerdos provocan reverencia y asombro por lo que Dios ha hecho.

Oculto y desconocido, como lo personifica nuestra Señora para nosotros, es como un lema o una síntesis encapsulada del sueño marista de prolongar la “presencia” de María en nuestro propio mundo. Es como un eslogan para sugerir cuál debería ser nuestro estado de ánimo. Es un llamado a la acción, un toque de atención que señala y describe cuál ha de ser nuestro comportamiento. Estaremos tan ocupados haciendo el trabajo de María y siendo como ella, que no quedará espacio para el egoísmo. Nos volvemos aparentemente ocultos y desconocidos porque buscamos sólo los intereses de Cristo y los de su Madre.

Como afirma Colin en las Constituciones, la cualidad de ser oculto y desconocido no es una forma de ser exclusivamente personal, alguien que busca pasar deliberadamente oculto. Ser oculto y desconocido, por contradictorio que parezca, es una cualidad de presencia en función del bien de los otros. De este modo, nos recuerda Colin, que, por el hecho de ser maristas, apareceremos o seremos tenidos por escondidos y desconocidos en el mundo.

Finalmente, debemos señalar que lo oculto y desconocido no nos impide hacer el bien y emprender cualquier tarea que pueda caer bajo nuestra responsabilidad. En la Anunciación, Nuestra Señora no dijo “No” porque el hecho de todas las generaciones pudieran llamarla bienaventurada. A imitación de María aprendemos a decir “sí”. Queremos lo que Dios quiere de nosotros. En la manera de proceder no queremos nada para nosotros.

Hay una profunda riqueza en la frase que tanto apreciamos: escondido y desconocido en este mundo. Debemos continuar amándola y alimentándola con nuestras oraciones y reflexionando sobre ella.

Nuestra meditación puede tener resultados inesperados y pertinentes para nuestro sentido de misericordia y de comprensión. Es posible que descubramos cómo los elementos que nacen ocultos y desconocidos no son nuestros, como si los creáramos en ese momento. No, esos ya están presentes dentro de nosotros, para que los aceptemos humildemente. Eso vale también para el resto de la gente. Gran parte de la vida, y de lo que en ella depende de los designios de Dios, permanece oculto a nuestros ojos; no saber es parte del ser humano. Los maristas no son diferentes de otras personas. Gracias a la presencia de María en nuestra vida, estamos mejor dispuestos a aceptar a Dios, nuestras limitaciones y que ocurra lo que ha de ocurrir. Que se haga en nosotros... como Dios lo quiere.

\*\*\*

“Esfuércense en la total renuncia de sí mismos, buscando los intereses de Jesús y de María y no los suyos propios...

... y unan a las obras de celo el amor a la soledad y al silencio, y la práctica de las virtudes ocultas con las obras de celo, de tal suerte que, aunque deban dedicarse a diversos ministerios para la salvación de las almas, aparezcan, sin embargo, ignorados y hasta escondidos en este mundo”.

*Constituciones 1872, n. 50*

## **9.- OBRA DE MARÍA: INSTRUMENTOS DE MISERICORDIA**

Juan Claudio Colin repitió la frase “instrumentos de misericordia” con tanta frecuencia que se parece al tema musical recurrente en una sinfonía. Nos gustaría sugerir que tuvo buenas razones para recalcarla. Vale la pena analizarla con atención y orar con ella.

En muchas ocasiones Juan Claudio Colin afirmó con insistencia que los maristas deben ser instrumentos de misericordia. No se trata solamente de que los maristas deberían ser misericordiosos, sino más bien que deben ser instrumentos de misericordia. La expresión inmediatamente hace referencia a una realidad que está más allá de nosotros mismos, y con la que establecemos inmediatamente una relación. Somos los instrumentos y los distribuidores de la misericordia y no los iniciadores únicos de la misma. La misericordia debe ser diseminada y debemos comportarnos como instrumentos para extenderla.

Podríamos insinuar también que ser instrumentos de misericordia va mucho más allá de simplemente hacer obras de misericordia, y más allá de una elección personal. Los maristas son instrumentos de misericordia porque ese es su ministerio, y eso es lo que normalmente se debe esperar de quienes tienen su mente y su corazón unidos a los de Nuestra Señora.

En una ocasión Colin habló a unos futuros maristas y les dijo, en pocas palabras, que lo que en ese momento estaban haciendo: su trabajo, sus estudios, sus ejercicios espirituales, sus actos de abnegación, su crecimiento en santidad, tenía como único fin prepararse para convertirse un día en instrumentos de misericordia. Ciertamente, Colin no estaba dando a entender que todo lo que los seminaristas estaban haciendo no tenía un valor personal e inmediato. Quizás exageró un poco para remachar ese punto: que ser instrumentos de misericordia está en el corazón del ser marista.

La misericordia no es solo una cuestión de hacer, sino una manera de percibir la vida y las personas en este mundo. Es una mentalidad y una actitud de la mente y al mismo tiempo una disposición del corazón. Una actitud de misericordia bien puede ser la que nos hace tener esencialmente una sola mente y un solo corazón, que nos une, nos atrae a la unidad como partícipes de un ministerio muy básico y común en este mundo y en favor de todas las personas.

En otro momento, Colin sacó a relucir entre sus sacerdotes la cuestión de qué escuela de pensamiento deberían seguir los maristas en el confesionario en las áreas de ética y de moralidad. ¿Deberían seguir la escuela que promueve un procedimiento estricto, la de uno menos estricto o tal vez la del procedimiento indulgente? Colin parecía no tener ningún problema al respecto. Sin embargo, sí sugirió que, a su parecer personal, los maristas deberían inclinarse, casi de manera oficial, por una actitud de misericordia.

Aunque Colin nunca lo dijo, quizás se podría generalizar y decir que, lo que es bueno en el confesionario, es bueno para los maristas también en los otros ámbitos de la vida. Así se desprende, al parecer, de la herencia que hemos recibido.

Bien podemos decir que nuestra tarea oficial en este mundo es hacer obra de misericordia, como miembros de ese reino de la Madre que es toda misericordiosa. La misericordia es nuestro ministerio común y permanente, así como nuestro producto más importante: una disposición del corazón a compartir con todas las personas.

Colin usó la frase con tanta frecuencia que bien valía la pena hacer algunos comentarios al respecto. Nada de “oficial”; más bien aprovechar la ocasión para meditar y reflexionar sobre los maristas que deben ser “instrumentos de misericordia”.

Mirándolo bien, ¡es de sabios estar arraigados en la misericordia! Es la conexión fundamental que nos arraiga en Dios y nos une a nuestro prójimo.

“Dichosos los misericordiosos”, dijo el Señor. Todos los que lo aceptan pueden sonreír seguros de la victoria. Los maristas quieren hacer de ese enfoque un camino de vida.

\*\*\*

“Finalmente, ella es la Madre que, en su ternura, es más madre que todas las madres de la tierra. La Madre de todos los cristianos por quienes en el Calvario sufrió todos los dolores del parto. Cuyo corazón maternal está siempre abierto a todos y cuya caridad se extiende a todas las épocas de la nueva alianza, a todas las naciones ya todos los pueblos, consuela todas las miserias, suple todas las necesidades, concede todas las oraciones...

¿Es de extrañar, entonces, que su culto sea tan antiguo como la religión cristiana? Sí, la misma cruz que fue el punto de partida para que el culto de Jesucristo se extendiera por todo el mundo, fue también el punto de partida del culto a María”.

*De un sermón (n. 28) de J.C. Colin*

“Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Hay gritos de alegría por la victoria en las tiendas de los justos”.

*Salmo 118,1.15*

## 10.- PERSONAS QUE SE LLAMAN MARISTAS:

### NACE UNA TERCERA ORDEN

Dada la estructura del proyecto marista original, no es de extrañar que desde el principio muchos grupos de laicos se asociaran con la Familia Marista de una forma u otra. Algunos no se distinguían de los grupos ordinarios o parroquiales, otros estaban más estructurados. Pero ninguno demostró tener una larga vida o prolongó su existencia más allá del año 1845.

El año 1845 resultó decisivo para el nacimiento entre los maristas de una forma tradicional de Tercera Orden. Para dar un breve resumen de ese nacimiento, junto con algunos valiosos comentarios, nos gustaría tomar prestado lo que escribió el P. Louis Touzet, s.men un folleto sobre las "Fraternidades maristas". El folleto dice lo siguiente, y sin comillas.

\*\*\*

En diciembre de 1845, el padre Colin decidió reavivar la Tercera Orden y nombró como su director a uno de sus mejores religiosos, el padre Julián Eymard. El Padre Eymard aportó a este nuevo campo de actividad su talento como director espiritual y una fuerte atracción por la vida interior, cualidades que más tarde lo convertirían en el fundador de dos congregaciones eucarísticas.

Bajo su dirección, las fraternidades crecieron y se multiplicaron rápidamente, y al mismo tiempo adquirieron un marco espiritual y organizativo preciso. En adelante, la Tercera Orden sería conocida como la "Tercera Orden de María y de la vida espiritual". Su objetivo era formar familias cristianas para vivir según la sagrada familia en Nazaret. La "conversión de los pecadores y la perseverancia de los justos", el objetivo general del padre Colin en 1833, quedó relegado, bajo el impulso del padre Eymard, a un papel secundario. No se requerían votos. Y la propia asociación era lo suficientemente flexible como para incluir todas las categorías de fieles. Sus fuertes demandas espirituales, sin embargo, orientaron a la Tercera Orden necesariamente y en la práctica hacia una élite espiritual.

En 1850, una afortunada coincidencia llamó la atención de las autoridades romanas sobre la cuestión de la aprobación de la Tercera Orden. El Papa Pío IX delegó todos los poderes necesarios al cardenal de Bonald, arzobispo de Lyon, quien erigió canónicamente la Tercera Orden el 8 de diciembre de 1850. El 31 de mayo de 1857 se aprobó la Regla. Poco después se publicó el Manual. Este contenía, además de la Regla, un directorio compuesto en su mayor parte por el padre Eymard. Sin duda se debe dar crédito al P. Eymard por establecer sólidamente la Tercera Orden y por darle la estructura organizativa de la que todavía disfruta hoy.

Hacia finales de 1851, poco después de la erección canónica de la Tercera Orden, el padre Colin asignó al padre Eymard al colegio de La Seyne, en Tolón. Este hecho le obligó a renunciar a la dirección de la Tercera Orden. Al padre Colin no le molestó para nada que se retrasara el crecimiento de la Tercera Orden, porque pensaba que estaba creciendo demasiado rápidamente. Pero también es cierto que el padre Colin no perdió el interés por la Tercera Orden. De hecho, antes de renunciar como superior general en 1854, recomendó, a pedido explícito del padre Eymard, que los maristas promovieran su desarrollo.

Sin embargo, la asociación tal como había sido organizada y aprobada, correspondía de manera muy imperfecta a la visión original del padre Colin. Este hecho se hizo evidente veinte años más tarde, cuando el padre Colin, poco antes de su muerte, comenzó a editar las Constituciones de la Tercera Orden que revelaron su auténtico pensamiento al respecto. Después de muchos y largos años llenos de pruebas, durante los cuales había visto que a veces la So-

ciudad se apartaba de algunos objetivos del primitivo espíritu marista, el padre Colin todavía estaba decidido a escribir una Regla definitiva para los padres y las hermanas maristas, reafirmando las ideas básicas que le habían sido inspiradas en Cerdon.

Las Constituciones de la Tercera Orden fueron su último esfuerzo; se completó meses antes de su muerte. En ellas podemos leer, en toda su plenitud, las ideas expresadas en Roma en 1833, a saber, el proyecto de una gran fraternidad guiada por la Virgen María en función de la conversión de los pecadores y la perseverancia de los justos. El origen y la finalidad de esta fraternidad están en dependencia de la misión universal de salvación confiada a la Sociedad de María. La Tercera Orden tiene una íntima participación en esta misión, porque “la fraternidad buscará la misma finalidad que la misma Sociedad de María”, dijo el padre Colin.

Los requisitos para la admisión son todo lo amplios que se pueda y su forma de vida está libre de toda legislación excesivamente detallada. El padre Colin tomó como prototipo la vida de la Sagrada Familia en Nazaret. De este modo, restituye uno de los elementos destacados por el padre Eymard. Finalmente, la Tercera Orden debía ser puesta, siempre que fuera posible, bajo la dirección del clero diocesano, de modo que no apareciera como una “obra” sólo de la Sociedad, sino más bien como un medio para difundir el espíritu y la misión marista de salvación entre el mayor número de cristianos.

Aunque las Constituciones de la Tercera Orden quedaron terminadas algunos meses antes de la muerte del padre Colin, él no pudo presentarlas personalmente a la Santa Sede. Por otra parte, las persecuciones de 1880 y 1900 no permitieron que la Sociedad de María tuviera suficiente libertad de espíritu para realizar el pensamiento del fundador sobre este punto. Sin embargo, las Constituciones siguen siendo un recordatorio duradero de lo que debería ser la Tercera Orden en el plan general de la Sociedad. Toda su vida sintió el padre Colin que Dios lo hacía responsable del desarrollo de todas las ramas de la Sociedad de María.

El aspecto más positivo de este último mensaje, a saber, el intrínseco papel de los terciarios en la misión de toda la Sociedad de María, se puede cumplir plenamente en el marco existente, que se beneficia de una tradición y tiene tras de sí una aprobación de más de cien años. El pensamiento del Padre Colin proporciona el principio motor que es capaz de efectuar las adaptaciones que se consideren necesarias. Sin que estén en conflicto, las dos contribuciones, la del padre Colin y la del padre Eymard, crearon en el seno de la Tercera Orden de María una fecunda tensión que es signo de vida y principio de progreso.

Esta sencilla descripción histórica que acabamos de esbozar constituye una invitación urgente a no contentarse demasiado con el estado actual de las cosas en nuestras fraternidades, sino a examinar hasta qué punto estamos practicando los ideales fundamentales que sostienen la Sociedad de María y su Tercera Orden.

Fraternités Maristes, pag.59-64

\*\*\*

Estamos agradecidos al padre Touzet, porque su escrito nos permite recordar aquí el ideal de nuestros orígenes.

Simplemente invitamos ahora a reflexionar sobre su contenido y a meditar sus implicaciones.

Las adaptaciones que sean coherentes con la tradición no tienen por qué asustarnos.

## 11.- INDICADORES:

### “ESTA NO ES MI TERCERA ORDEN

“Esta no es mi Tercera Orden”, dijo el P. Colin hacia el final de su vida. Tal como suena esta declaración no tiene aspecto de ser un elogio. Y difícilmente se podría esperar que los miembros de la Tercera Orden la aplaudieran. Es comprensible que se sintieran heridos. En este caso, quizás lo apropiado sea estudiar lo que implicaba la tal declaración.

Cuando Colin dijo “esta no es mi Tercera Orden”, no se estaba desentendiendo de ella ni la estaba condenando abiertamente. Sencillamente mostraba su profunda decepción por el hecho de que, aparentemente, un ideal había sido dejado de lado; una inspiración y una visión de los orígenes se habían desfigurado, o quizás incluso olvidado. No pretendía degradar esta (suno) Tercera Orden, sino elevarla; no desalojarla, sino devolverla a su lugar propio y original dentro de la misión marista.

Después de hacer sus observaciones, el Padre Colin no le dio la espalda ni se alejó. Más bien trató de terminar lo que siempre había considerado era su responsabilidad personal y su deber para con la Familia de María, incluyendo su vasta fraternidad dedicada a la perseverancia, a la conversión y abierta a todos.

Desde otro punto de vista, el comentario sobre la Tercera Orden, revelaba lo que era Colin en su esencia y reaccionando de acuerdo con sus valores maristas. Si algo había que este hombre sencillo no podía tolerar en los maristas, produciendo en ellos reacciones esperadas, era la noción o incluso la mínima apariencia de ser una élite o mejores que otros o una clase especial y preferida de personas entre los hijos de Dios. Aunque no fuera intencionado, un matiz de elitismo haría reaccionar a Colin. ¡Y reaccionó!

Los miembros de la Tercera Orden deberían estar agradecidos a Colin por su intervención; por afirmar sin ambages que todos los maristas gozan de plena ciudadanía en el reino de la misericordia de María. No hay ciudadanos de segunda clase en la Familia de nuestra Señora, en la que ningún grupo puede ser considerado un mero añadido piadoso a la obra y misión de la Virgen María. Por eso intervino Colin, que quería restablecer la integridad de la pertenencia para todos los maristas.

Claramente, la intervención del P. Colin equivale más bien a un cumplido basado en la confianza. Colin consideraba que los sacerdotes maristas deberían compartir el encargo que ellos habían recibido; acoger a todo tipo de personas; llevarlos a María y a su misión. Estas personas deberían compartir la misión marista, lo que María quería de ellos. Se inscribían como miembros de la Familia y, por tanto, les correspondía a ellos adaptar el espíritu y la misión de María a sus vidas y participar en la obra de María según lo que la prudencia les dictara y fuera factible para ellos. En el reino de la misericordia había lugar para todos los que quisieran participar. En lugar de establecer reglas detalladas sobre lo que la gente tenía que hacer, Colin confiaba en que la gente era muy capaz de adoptar el espíritu de María y hacerlo relevante para sus vidas. En lugar de decirle a la gente lo que tenía que hacer, Colin confiaba en que también ellos llegarían a comprender el espíritu de María: pensar, sentir, juzgar y hablar como María. A todos los miembros de la familia de María se les confiaba un legado o herencia. Un fideicomisario merece ser digno de confianza.

Por último, sería hacer un flaco favor al padre Colin si imagináramos que su actitud inconformista implicaba que la realidad existente de la Tercera Orden fuera una versión menos ideal. Y sobre todo, lo que menos quería el padre Colin era aguar los ideales maristas. Muchos santos se iban a encontrar entre los miembros laicos, ya que también ellos fueron lla-

mados a la conversión... y una conversión bastante drástica, por cierto. Fue precisamente la Virgen María quien los invitó a revestirse de su espíritu; era ella la que deseaba un cambio de corazón entre sus hijos. Ninguna cosa de menor valor o aguadajustificaría que Juan Claudio Colin repitiera una vez más: “Esta no es mi Tercera Orden”.

El lugar esencial de la Tercera Orden dentro de la Familia Marista y su misión, se remonta hasta 1816. Entonces era una gran idea. Y por eso Colin consideró oportuno recuperar la perspectiva original.

Y sigue siendo una gran idea para cualquier época.

La misión está ahora confiada a nuestro cuidado.

\*\*\*\*

“Habrá también (en la Tercera Orden) una pequeña regla para los que deseen llevar una vida más apartada; e incluso dentro de la Tercera Orden habrá muchas ramas más o menos libres y otras más restringidas”.

*J.C. Colin, junio/julio de 1838*

“Nuestra Tercera Orden tiene la ventaja de existir para la conversión de los pecadores y también para la perseverancia de los justos; en consecuencia, abarca a todos los cristianos”.

*J.C. Colin, junio/julio de 1838*

“Vino a los suyos, pero los suyos no la recibieron. A cuantos la recibieron y creyeron en su nombre, les dio poder para ser hijos de Dios”.

*Juan 1,11-12*

## 12.- INDICADORES:

### MI VOCACIÓN MARISTA - PLENA PARTICIPACIÓN

Gracias a la acción de la gracia y a las incitaciones de nuestra Señora, llegamos al convencimiento de recibir una llamada. Respondemos llamándonos maristas. Ciertamente, un nuevo nombre ha de comportar de algún modo que hay una nueva realidad. Y así es.

Identificarnos como maristas significa que algo nuevo ha sucedido, y que se ha establecido una nueva relación. Hemos entrado en un dominio que no es de nuestra invención. Estamos unidos por nuevos lazos y no somos los mismos de antes. Incluso los miembros en su conjunto no deberían volver a sentirse solos. Llevar el nombre de marista significa que somos miembros no sólo de una nueva familia, sino también participantes en el reino de María. Este es más grande y más extenso que la familia que ahora llamamos nuestra.

En respuesta a una llamada quedamos emparentados; adquirimos una nueva ciudadanía. Nuestro ministerio deja de ser una preocupación puramente personal, se convierte en el ministerio de María en el que participamos... por elección de María. Los maristas existen para realizar la obra misericordiosa y silenciosa de la Madre de nuestro Señor. Los maristas están agradecidos por este privilegio.

Nuestra participación en la obra de María, en su reino de misericordia, nos sumerge en un ámbito que va mucho más allá de nuestra voluntad o de nuestro cálculo personal. Es casi (o quizás más) como el alcalde que firma una proclama. Este pone su nombre en el papel, pero el ser alcalde marca la diferencia; lo hace oficial y legal. Del mismo modo, trabajamos individualmente para cumplir nuestra vocación marista, pero al mismo tiempo hay un sello "oficial" en nuestros esfuerzos personales que les da una cualidad añadida, la de ser participantes de una misión y una obra que son las de María en este mundo. ¿Y quién puede saber realmente lo que eso puede implicar en términos de la presencia de María (a través de nosotros) entre los suyos?

Reducimos nuestra participación al ámbito del espíritu y al poder de la presencia, y eso nos deja bastante desconocidos. Pero no por eso la presencia deja de ser real. En el fondo, estamos convencidos de que un vaso de agua dado en "su nombre" será recompensado, aunque ignoremos lo providencial que ese mismo acto pueda ser para otros. Lo mismo ocurre en el ámbito de la misericordia. Los maristas participan en la obra de María y se convierten así en ciudadanos de su reino. Nos hace humildes el no saber el bien que hacemos.

En la Iglesia naciente y entre los Apóstoles había una Madre misericordiosa, y eso hacía una gran diferencia. El recuerdo de esa poderosa presencia perdura entre nosotros. Forma parte de nuestro rico legado.

Por nuestra parte, debemos estar ahí, disponibles a las exigencias de la misericordia; disponibles, presentes y participando en la familia de María. Si crees en la belleza y el poder de prolongar la presencia de María en este mundo, no brilles por tu ausencia. Cree que la Virgen María quiere ser el apoyo de la Iglesia en nuestra época. Cree también que tu apoyo es necesario para la misión de la Familia Marista, que es la obra de María. Acompáñanos con tus oraciones diarias; únete a los demás miembros de la familia que rezan por ti y por las intenciones de la familia de María. Presta tu apoyo cuando y donde sea necesario. Quizá nunca sepas el poder que has ejercido. No dejes que tu propio escondimiento se convierta en el obstáculo que te impida "estar ahí".

Los maristas participan en la obra de María, en el interior de su reino de misericordia. Esto no es una mera ilusión. Al contrario, es una cualidad de su ser miembros, es parte de la visión original de los fundadores.

Todo tipo de personas serían bienvenidas a participar plenamente en la misión de la Sociedad de María. Eso también formaba parte de la idea original. La obra de María no está completa ni es plena si no incluye la plena participación de todo tipo de personas de todos los ámbitos de la vida. Eso fue lo que una Madre misericordiosa quiso desde el principio.

Evidentemente, también nosotros deberíamos quererlo.

\*\*\*

María presente y disponible:

María dijo al ángel: "Hágase en mí según tu palabra".

María fue de prisa a la región montañosa a visitar a su prima Isabel.

En Caná, María dijo a Jesús: "No tienen vino".

... Y a los camareros: "Haced lo que él os diga".

Junto a la cruz de Jesús estaba María, su madre.

El discípulo acogió a María en su casa.

Los apóstoles estaban reunidos en oración. Y la madre de Jesús estaba allí.

Jesús dijo: "No temáis. Yo estaré con vosotros hasta que se termine el mundo".

### **13.- INDICADORES:**

#### **EL RETO DE CAMBIAR Y LA NECESIDAD DE REFLEXIONAR**

Respondiendo a una llamada, los maristas no se hacen miembros de un club de élite; más bien, intentan hacer de la llamada una vocación para toda la vida. Entran en un señorío en el que la obra es de María y su espíritu lo anima. La familia de María ha sido descrita por Juan Claudio Colin como la de un pueblo con una sola mente y un solo corazón. Y eso solamente se consigue a través de un cambio, y un cambio radical. Esni más ni menos el reto de hacer propios el pensamiento único y el corazón unificado de María. Es el reto de toda una vida.

Un ideal así abarca todo nuestro ser. En nuestra actitud, en nuestros pensamientos y sentimientos, en nuestros juicios y disposiciones, en nuestra manera de pensar y de comprender, nos esforzamos por aproximarnos a la mente y al corazón de la Madre de Jesús. Esa meta nunca se alcanza del todo, pero seguimos intentándolo.

Esta esperanza e ideal maristas parecenser un eco del sueño intemporal que Dios albergaba para su pueblo, revelado por medio de Ezequiel: “Os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo; os arrancaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne... y haré que viváis según mis mandatos...:vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios” (Ez 36, 26-28).

Un marista, pues, vive en la tierra de sus fundadores, convencido de que ha sido llamado a una desafiante conversión del corazón. Entra en un nuevo señorío que es la casa de María: el señorío y el reino de la misericordia, allí donde se vive bajo sus órdenes. Está diseñado para tocar el corazón, para crear un nuevo espíritu.

En todo esto sabemos que el reino de María nunca nos separará del reino de Dios; su reino es sólo la expresión perfecta del de Dios y dentro de él. De hecho, creemos que el camino de María, tal como ella lo vivió, se convierte en la encarnación perfecta de lo que Dios siempre tuvo en mente para el pueblo que quiere llamar suyo.

En todo esto hay una calidad de mente y de corazón en la vida de María, tal como ella la vivió entre nosotros, que se hace revelación para nuestro propio deseo de ser como ella, y para empezar a realizar ese deseo: La madre de Jesús meditaba en su corazón. Meditaba y rezaba para mantener su visión clara y su corazón en sintonía con su Dios.

No podemos pensar en una manera mejor o más necesaria de actuar. Necesitamos meditar para que nuestra vida refleje una imagen de la presencia de Dios, y haga que todas las cosas sean santas. María meditaba muchas cosas en su corazón; es lo que debemos hacer nosotros, para que nuestro corazón y nuestra mente se parezcan a los de la Madre misericordiosa.

Si María no siempre comprendió lo que ocurría, lo mismo nos puede pasar a nosotros. En el estudio y en la reflexión descubrimos nuestro camino en la casa de María. Volvemos con frecuencia a las Escrituras y a nuestra herencia para recibir vida más abundante.

Y por encima de todo eso, aprendemos la paciencia. El trabajo de revestir la mente y del corazón de María nunca termina ni se completa. Más bien es un reto continuo de crecimiento.

Por último, tenemos mil razones para creer que María, que nos ha llamado, no fallará nunca ni estará ausente de nuestras vidas.

#### 14.- INDICADORES:

##### **VISIÓN AMPLIA, MÉTODO SENCILLO**

Una visión amplia de la vida, arraigada en la fe y la esperanza, abierta a un proyecto y al significado, proporcionarectitud a quien está vivo y florece en la sencillez del modo de actuar. Quizás sea el espíritu de sencillez el que refleja la rectitud de todas nuestras relaciones. Refleja una fe sencilla y honesta y una valoración de dónde estamos ante nuestro Dios, cómo nos percibimos a nosotros mismos y nuestra autoestima, cómo nos relacionamos con otras personas y con la creación de Dios.

Descubrimos la rectitud en la Madre de Jesús. Su sencillez no era un adorno, sino la expresión de la integridad de su ser, una parte de la belleza de su alma y su carácter. A pesar de las cosas grandes y maravillosas que Dios hizo en ella, no dejó lugar para el más mínimo rastro de artificio, pretensión o jactancia. La visión y perspectiva central y permanente en la vida de María era la infinita misericordia de Dios y su profunda gratitud por haberla recibido.

El Magníficat de María nos habla de la amplitud de su visión del mundo, de cómo esa visión la dotó de serenidad, e integraba todas sus relaciones. Mirando a las generaciones futuras, María se ve a sí misma como la más bendecida, pero también como la más agradecida de las siervas, simplemente porque el Señor es misericordioso. María conoce a los orgullosos y a los poderosos; conoce también a los pequeños del mundo; en ella prevalecen su sencillez y su serenidad. Su sencilla confianza en Dios, que es siempre infinitamente misericordioso, le da a María todo el poder que pueda querer o necesitar. Y ella lo hace parecer tan sencillo y triunfador.

Juan Claudio Colin ha descrito a los maristas como gente con una visión amplia y un modo de actuar sencillo. Siempre será una identidad a la que damos un gran valor y que tratamos de alcanzar. Meditar en María es una forma de lograrlo.

María, como ejemplo y perfección de los valores que buscamos, quiere que seamos conscientes de que una visión amplia va mucho más allá del mero conocimiento y la comprensión humana. No podemos dejar fuera de una visión que aspira a ser auténticamente amplia e integralla dimensión de la fe y de la esperanza. Una visión amplia significa algo más que ser inteligente; significa que intentamos y rezamos para ser verdaderamente sabios, guiados por Dios y su gracia.

María podría indicarnos también que la amplitud de miras y la sencillez no son necesariamente ideales distintos y que más bien están relacionadas entre sí. Una fluye de la otra. Una visión recta y amplia insta a prioridades que hacen que las cosas sean más bien claras y sencillas.

Por último, sugerimos que el Magníficat de la Virgen María es un terreno rico para cultivar una visión amplia, percibir la realidad y todas nuestras relaciones con fe y serenidad. Deberíamos volver a él con frecuencia, en oración.

Los maristas somos un pueblo de visión amplia con un método sencillo. Seguro que algo más se podría decir. Quizás habría que añadir ahora este beneficio: poseyendo todo lo dicho, los maristas seremos gente alegre, llena de esperanza y de paz.

## 15.- INDICADORES:

### LA HUMILDAD DE SU SIERVA

Considerando las variadas ideas que se han desarrollado en torno a la humildad, bien podemos mirar a María para descubrir pistas que nos permitan entenderla mejor y apreciarla más. Tal vez la humildad sea nada menos que nuestro propio autorretrato ante Dios. Los humildes también esperan que esa autoimagen se acerque a la imagen que Dios tiene de ellos. Pero eso no es ni mucho menos seguro ni absoluto, así que seguimos reflexionando en nuestro corazón ante Dios, como hizo la Madre de Jesús. En cualquier caso, un retrato honesto de nosotros mismos ante Dios mantiene el enfoque claro y está íntimamente ligado a un sano respeto por nosotros mismos.

María le dijo a su prima que el Señor, en su misericordia, había mirado su pequeñez; que había hecho grandes cosas en favor de ella; que todas las generaciones la llamarían dichosa. Así es como María se veía a sí misma ante su Dios y como Dios la miraba, al menos en la medida en que él había tomado nota de su humildad. No hay nada de autodesprecio en esa humildad. María lo veía como un hecho; una razón más para ser bendecida y elegida, y agradecida.

Fue un placer observar y apreciar, no hace mucho tiempo, una actualización moderna de sentimientos semejantes. En la camiseta de un joven se leía: "Soy especial - Dios no hace basura". ¡Enhorabuena, joven!

Las palabras de María en su Magnificat revelan cómo se sentía al momento de la Visitación; pero nos dice más. El Magnificat no es una simple oración para una ocasión especial; es una espiritualidad que impregnaba su alma, una disposición del corazón que coloreaba e inspiraba sus pensamientos, que tocaba todos sus actos. El Magnificat no es sólo una oración, es un estado de ánimo y la disposición de un corazón lleno de fe válida para toda una vida. Parece razonable creer que San Lucas quería dejarnos un retrato de María y eligió el Magnificat.

El espíritu de María es nuestro ministerio en el mundo para que la gente tenga un espíritu. La humildad de una sierva no es una pequeña parte de ese espíritu y tratamos de recrearla revistiendo primero en nosotros la mente y el corazón de María, con la esperanza de poder compartirla.

Cuando María declaró humildemente que sería la admiración en todo tiempo -todas las generaciones me llamarán dichosa-, tal vez nos estaba diciendo también que su espíritu seguiría siendo relevante, perdurable y siempre significativo. No pasaría a ser un recuerdo desvanecido. Por tanto, debemos transmitirlo por el bien de sus hijos.

El mundo necesita ser uno con la Sierva, por lo que nuestro Señor se tomó tiempo en el Calvario para dar al mundo a su Madre misericordiosa. Podemos estar seguros de que el mundo está sediento del espíritu de María y de la bendición de lo que ese espíritu contiene. Eso debe darnos la esperanza de que el mundo entero quiere ser marista y ni siquiera lo sabe. Nuestros fundadores sí lo sabían; deseaban compartir a María con todo el mundo, para que ese espíritu salvífico se extendiera entre los pueblos.

La humildad es propia de la condición humana y no debe faltar. Si este mundo es un valle de lágrimas, no hay evidencia de ello en el Magnificat. Las lágrimas pueden llegar si nos negamos a reconocer nuestra bajeza. Pero cuando lo hacemos, produce alegría y paz. ¡Bienaventurados los pobres de espíritu!

La humildad de una sierva es un punto de referencia en nuestro camino de vida. Deberíamos consultar con frecuencia el mapa de ruta, en oración.

Para María, la humildad era una realidad que reconocía en sí misma, pero como un reflejo del amor de Dios. Acortaba la distancia entre ella y su Señor. Su humildad no era un sentimiento de privación, sino una proclamación de respetuosa gratitud. Se sintió exaltada, asombrada ante lo que Dios había hecho.

La humildad de la sierva sigue siendo un punto de referencia en nuestro camino. Será un punto para nuestra meditación.

\*\*\*

### **MAGNIFICAT**

Proclama mi alma la grandeza del Señor  
se alegra mi espíritu  
en Dios mi Salvador.

Porque ha mirado la humillación de su esclava,  
Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,  
Porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí.

Su nombre es santo,  
y su misericordia llega a sus fieles  
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo,  
dispersa a los soberbios de corazón.  
Derriba del trono a los poderosos  
y enaltece a los humildes.  
A los hambrientos los colma de bienes  
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel su siervo acordándose de la misericordia,  
que había prometido a nuestros padres,  
en favor de Abraham y a su descendencia por siempre.

## 16.- INDICADORES:

### EL ESPÍRITU DE LA SOCIEDAD

Por Juan Claudio Colin

Tengan siempre presente que, por elección gratuita, pertenecen a la familia de la Santísima Virgen María, Madre de Dios, de quien les viene el nombre de maristas y a quien desde un principio eligieron como modelo y primera y perpetua superiora. Si son, pues, y anhelan ser de veras hijos de tan excelsa Madre, esfuércense constantemente en aspirar y respirar su espíritu: espíritu de humildad, de abnegación propia, de unión íntima con Dios y de ardentísima caridad para con el prójimo. Deben en todo pensar como María, juzgar como María y como María sentir y obrar; de lo contrario serían hijos indignos y degenerados.

Y por tanto, pisando las huellas de su Madre, aléjense ante todo del espíritu mundano, es decir, de toda codicia de bienes temporales, y queden totalmente vacíos de su propia estima. Esfuércense en la total renuncia de sí mismos buscando los intereses de Jesús y de María y no los suyos propios. Considérense como desterrados y peregrinos en la tierra, como siervos inútiles y deshecho de la humanidad. Usen de las cosas de este mundo como si no las usaran. Huyan con empeño de cuanto significa lujo, ostentación o deseo de aplauso de los hombres en los edificios y habitación, en el género de vida y en toda relación con los demás. Aprezien pasar ignorados y estar al servicio de todos; actúen sin doblez ni astucia. En una palabra, procedan siempre con tanta pobreza, humildad, modestia, sencillez de corazón, desinterés por toda vanidad y ambición mundana y unan a las obras de celo el amor a la soledad y al silencio, de tal suerte que, aunque deban dedicarse a diversos ministerios para la salvación de las almas, aparezcan, sin embargo, ignorados y hasta escondidos en este mundo.

Adhiéranse todos tenazmente a este espíritu, sabiendo que es como el gozne y el fundamento de toda la Sociedad.

*Constituciones S.M. 1872. 49-50*

\*\*\*

“Desde hace mucho tiempo, señores, he querido alejarme para trabajar en la regla. Me habéis expresado vuestro deseo de ver algo por escrito. Yo lo deseo más que vosotros. ... Siento que debo escribir algo. Quizás este año... pero ¿quién soy yo para hacer algo, para construir? Hay que escribir algo, pero no debe haber nada del hombre en ello. Lo que viene de los hombres no se construye sólidamente, sino que se desmorona tarde o temprano. No debe haber ni una sola palabra del hombre, todo debe venir de Dios, de la Santísima Virgen”.

*J.C. Colin*

## **17.- INDICADORES:**

### **PROMOTORES DE LA TERCERA ORDEN DE MARÍA- ROMA 1979**

#### **A. DÓNDE ESTAMOS**

En la Conferencia de Promotores de la Tercera Orden de María que tuvo lugar en Roma en 1979, catorce promotores se unieron a los miembros de la Administración General de la Sociedad de María para discutir y reevaluar la Tercera Orden de María. La conferencia sirvió de guía para saber en qué punto se encontraba y qué se podía esperar para el futuro, contando con los laicos y su plena participación.

Compartimos aquí algunos aspectos destacados de esa conferencia para poder reflexionar sobre ellos.

En la misa de apertura de la Conferencia, el P. Bernard Ryan (Superior General), dijo lo siguiente durante su homilía: “En 1849, el P. Colin dijo a un grupo de jóvenes maristas: ‘Cada uno de nosotros debe decirse a sí mismo: soy un instrumento de la providencia, soy un fundador. Sí, todos somos fundadores’. En el contexto actual, somos a la vez discípulos y fundadores, en particular por la forma en que el P. Colin vio la relación entre los maristas y los laicos en la formación de un pueblo mariano totalmente al servicio de la Iglesia, que es la prolongación del misterio de la encarnación. Sigamos adelante con confianza para que esta idea marista que sigue viva, pueda convertirse en un árbol frondoso, aun siendo quizás la más pequeña de las semillas”.

Los propios promotores expresaron sus esperanzas en el proyecto marista, considerando la Conferencia de Roma como un signo más de que la Sociedad de María se encontraba en un punto de inflexión en su historia. Este fue un momento de gran potencial, un momento de serio desafío en la realización más plena de la visión del padre Colin. Había llegado el momento de redescubrir y hacer efectivo el lugar central que tienen los laicos en la misión de la Familia Marista. Los promotores consideraron que era un momento que exigía el esfuerzo de todos los miembros de la Familia Marista: sacerdotes, hermanos, hermanas, miembros de la Tercera Orden de María y otros laicos asociados.

Al recordar la visión del P. Colin, los promotores estuvieron de acuerdo en que su visión, aplicada a nuestro tiempo, era mucho más amplia que la Tercera Orden tal como la conocemos. En palabras de Jean Coste: “La Sociedad existe para anticipar y preparar un pueblo mariano”. La visión que tenía el Fundador de la Tercera Orden dentro de la Sociedad sólo se realiza plenamente cuando los laicos (no sólo los miembros de la T.O.M.) experimentan el cuidado maternal de María y viven según su ejemplo; cuando comparten todo lo que se nos ha dado como maristas; cuando colaboran en la misión que se nos ha confiado.

Hoy y en el futuro nuestro objetivo es nada menos que apoyar con María a todo el pueblo de Dios, y darle el carácter mariano que Dios quiere para su pueblo, pues ha constituido a María Arquetipo y Madre de su Iglesia.

La Conferencia sostuvo que, para la plena participación de los laicos en la vida de la Iglesia, es urgente una espiritualidad apostólica vital y fresca que debe estar al alcance de todo el pueblo. La propia espiritualidad marista, en su sencillez, es precisamente eso: cualquiera y todos pueden inspirarse en la imagen de María presente en la Iglesia desde sus comienzos. Es nuestro privilegio compartir esto con todas las personas a las que servimos.

La Sociedad de María y su misión no están completas sin la inclusión de los laicos. La Tercera Orden de María ha sido la forma tradicional en que esto se ha realizado, y ha mantenido este

ideal vivo para nosotros. Sus miembros, como todos los maristas, pertenecen a María, hacen su trabajo y expresan su presencia hoy.

La Tercera Orden ha demostrado su eficacia y todavía puede hacerse más eficaz y atractiva. Existen ya otras formas y hay que probar otras, pues hoy se necesita una pluralidad de formas y modelos de asociación.

Aquí entra en opción y acción nuestra responsabilidad de ser como fundadores de la Sociedad para el mundo y la Iglesia de hoy.

## B. LEALTAD Y CREATIVIDAD

La Conferencia de Promotores notuvo en ningún momento el menor deseo o intención de substituir la tradicional Tercera Orden por una presunta nueva Tercera Orden. Lo que debía prevalecer era que cualquier colaboración entre religiosos y laicos debería reflejar una lealtad mutua a la visión marista de 1815-1816. Dicha lealtad no debe ser un obstáculo a nuestra actuación, sino manifestarse mediante la creatividad y la adaptación leal.

En las orientaciones generales, la conferencia hizo algunas observaciones.

1. **Fraternidades maristas:** Este título podría ampliarse para incluir y designar a cualquier grupo o individuo asociado a la Familia Marista. (A notar que el P. Colin prefería el nombre de 'Cofradía' (Confrérie) en lugar de 'Tercera Orden').

Los grupos o individuos que desean ser reconocidos como miembros de la Familia Marista han de estar vinculados a la tradición espiritual marista que se remonta a 1816; reconocer este vínculo asumiendo una identidad marista; vivir alguna forma de espiritualidad marista, inspirándose en la imagen de María, presente en la Iglesia cuando esta nació.

2. **Pluralidad de formas:** La forma tradicional y canónica de pertenencia de los laicos a la Familia Marista ha sido la Tercera Orden de María, que incluye un compromiso por medio de la profesión al final de un período de preparación. Sin embargo, ese compromiso no es un requerimiento necesario. Como insistió el P. Colin, la Tercera Orden debe abrir los brazos a todos y acoger a todos los que deseen asociarse de la manera que sea. La asociación a la Familia Marista es mucho más amplia que la Tercera Orden de María.

Existen otros tipos de participación grupal o individual en la Familia Marista que son reconocidos y alentados. Todos ellos son, en la pluralidad de su pertenencia, miembros de la misma Familia. Es más, debemos compartir nuestra espiritualidad marista con todos aquellos que puedan beneficiarse de ella para vivir su compromiso cristiano.

3. **Parte integral del proyecto.** La Tercera Orden y las Fraternidades son parte integral del proyecto marista en su totalidad. No son elementos esenciales en la rama de los Padres Maristas (aunque, canónicamente, una 'Tercera' Orden supone una 'Primera' Orden). Sin embargo, su desarrollo tiene una tradición muy válida y muy apreciada, y su significado dentro de la tradición implica la plena participación, en cuanto fraternidades, en la obra de María.

Sería muy coherente con nuestra tradición ver a la Tercera Orden o a las Fraternidades Maristas trabajando en colaboración con todas las ramas de la Familia Marista. En la línea del encargo que se nos ha dado, toda la Familia Marista puede colaborar para anticipar y preparar un pueblo mariano. Es lo que pensaron nuestros fundadores: hacer juntos la obra de María y hacer marista el mundo entero.

\*\*\*

“Por lo que respecta a las implicaciones de la visión del P. Colin sobre la Tercera Orden, estoy convencido de que nos encontramos en un momento importante y providencial para la Sociedad. Estemos preparados para dar con confianza un paso adelante que ayude a realizar la visión del P. Colin de 'comenzar una nueva Iglesia'.

Cuando visito distintas partes de la Sociedad... encuentro entre los maristas un deseo creciente de compartir con gran sencillez y apertura nuestra espiritualidad con un círculo más amplio de laicos...

Muy a menudo hemos llamado a las personas que trabajan con nosotros “miembros de nuestra Familia Marista”; y, sin embargo, podríamos sentirnos en dificultad si se nos pidiera explicar lo que realmente significa esta expresión. Lo que es cierto es que se está dando un doble fenómeno: una mayor conciencia de que para el P. Colin la “Tercera Orden” es algo más amplio y flexible de lo que habíamos percibido en un principio; y un movimiento entre los maristas para compartir, con sus colaboradores laicos de una manera verdaderamente marista, las cosas profundas de Dios y las cosas profundas del hombre”.

*Bernard Ryan, Sup. Gen. Homilía. Conferencia T.O.M. Roma 1979*

## **18.- ORIENTACIONES:**

### **ACOGER CON LOS BRAZOS ABIERTOS**

Acoger a nuevos maristas con los brazos abiertos, no sólo nos debe llenar de alegría, sino que debe reflejar la práctica dentro de la casa de María, una práctica de puertas abiertas a quien desee entrar y encontrarse como en su casa.

Es parte de nuestra herencia el que, por una elección gratuita de María, los maristas se sientan llamados individualmente a pertenecer a su familia y a participar en su obra. Es evidente que la elección no la hacemos nosotros; más bien, tratamos de respetar la llamada y acogerla cuando esta se produce. Y lo hacemos con alegría y con los brazos abiertos.

La forma de acogida o la recepción en la familia puede adoptar formas variadas según las circunstancias e incluso según las preferencias personales. Aquí hay oportunidad para ejercitar la creatividad y la imaginación.

Juan Claudio Colin quería que aquellos a quienes María eligiera simplemente se “inscribieran”. Nuestra acogida debería reflejar esa sencillez y confianza.

Puede ser que alguien prefiera que su entrada y acogida en la familia se haga de forma totalmente privada y sin ceremonia, y dejarlo así; otro candidato podría ser acogido mediante un escrito de algún director o responsable; otro podría desear expresar su entrada y compromiso en una reunión o asamblea de una comunidad o grupo... Es posible también que, quienes son recibidos, escriban con sus propias palabras su “declaración de intención” y hacer de ello una parte importante de la ceremonia de acogida.

En cualquier caso, acoger o recibir a las personas “con los brazos abiertos” debe ser precisamente eso... una total aceptación alegre y gozosa, y un compartir el agradecimiento de quien ha sido objeto de una elección gratuita. Esto es especialmente cierto y factible cuando se acoge a alguien dentro de un grupo o fraternidad marista. Y que esa alegría sea semejante a la de María porque el Señor había hecho con ella grandes cosas.

Vale la pena repetir de nuevo que todos los maristas han sido llamados, y a todos los que vengan les damos la bienvenida, al reino de la misericordia de María; a ser instrumentos de misericordia; a participar plenamente en el trabajo de la Sociedad tal y como lo concibieron los fundadores; a pensar, sentir, juzgar y hablar como María en este mundo. Ciertamente, estos elementos no describen una visión diluida como si fuera la pertenencia a un club. Un club no suele invitarnos a cambiar radicalmente de mente y de corazón.

En resumen, las personas se convierten en miembros de la Familia Marista cuando nos dicen que desean pertenecer a ella. Acogemos los acontecimientos y las personas con los brazos abiertos.

## **19.- Orientaciones:**

### **DISPONIBLE PARA**

### **PREPARAR... ENSEÑAR... ALIMENTAR UN PUEBLO MARIANO**

Presuponemos, naturalmente, que las personas que desean unirse y participar en la Familia de María deben conocer y querer comprender de qué se trata, a quién se unen. No es prudente sumergirse en la oscuridad. Una respuesta a la invitación de María debe ser adecuadamente informada, responsable.

En la Tercera Orden tradicional, la información y el conocimiento de la forma de vida marista se hacía normalmente a través de clases especiales bajo la dirección de un director o directora de postulantes y de novicios. Aunque con diferente estructura, sería bueno tener hoy algo parecido para preparar formalmente un pueblo mariano y alimentarlo. El título de director, tutor o profesor puede variar, pero la práctica que el título indica es sólida y, de alguna forma, se debería utilizar.

También es lógico que se anime a los futuros miembros a aprender y a estudiar por su cuenta. Muchos quizá no necesiten la ayuda de un tutor...

Los grupos maristas ya establecidos han de procurar que el conocimiento y la comprensión de la forma de vida marista y sus implicaciones se transmitan a otros. La responsabilidad de informar forma parte de la herencia que se nos ha confiado.

El momento exacto en que una persona puede sentirse preparada para entrar en la familia depende, en última instancia, de la persona misma que quiere comprometerse. No es aconsejable establecer una norma única para todos. Como se ha dicho en otro lugar, hemos de estar preparados para acoger cuando alguien se siente llamado a entrar.

En el ámbito del compartir, debemos señalar que hay en medio de nosotros un rico tesoro escondido y desconocido. El tesoro reside en nuestros miembros y en sus ricas experiencias e intuiciones, pues el modo de vida marista ha sido probado y sus valores han sido reconocidos. Está a nuestro alcance, disponible, listo para ser compartido. Los miembros de la Familia de María tienen mucho que compartir y debemos encontrar la manera de que sea escuchado; también tienen mucho que dar, mucho que ofrecer sobre la presencia de María en sus vidas; sus propias ideas sobre cómo pensar y sentir como María en este mundo, sobre el poder de la fe y de la esperanza, sobre las necesidades que han visto y a las que han respondido; sobre cómo vivir la herencia marista, por así decirlo, “desde el corazón”.

Con imaginación y creatividad, hemos de tratar de hacer posible que esta riqueza sea conocida y apreciada para el bien de todos. En cualquier caso, los miembros de nuestra familia no deben desanimarse. Más bien deberían ser conscientes de que tienen mucho que ofrecer.

La disponibilidad de información y materiales actualizados sobre nuestro estilo de vida marista sigue siendo un reto continuo y una necesidad sentida. Se necesita más información sobre nuestra historia marista y su herencia. Es de esperar, aunque sea con paciencia, que se vaya dando satisfacción a esas necesidades.

## **20.- ORIENTACIONES:**

### **SOBRE LA TERCERA ORDEN DE MARÍA:**

#### **ABRAZA LA VISIÓN DE COLIN**

En cuanto a la “tensión” entre la Tercera Orden clásica o tradicional, derivada de Eymard, y la fraternidad imaginada por Colin, parece que sea necesario hacer algunos comentarios.

Quienes podrían suponer que la Tercera Orden es algo caduco, una cosa del pasado, están invitados a echar un segundo vistazo a los valores que contiene (no los incidentales) con una mente abierta. Pronto se hará evidente que los valores arraigados en la fe, la esperanza, la unión con Dios, el amor al prójimo, la humildad y la sencillez honesta, están destinados a reaparecer independientemente del enfoque que asuma la rama de los laicos. También se hará evidente que estos valores nunca se vuelven demasiado populares y tampoco estarán desfasados. Siguen reapareciendo por falta de una visión de la vida mejor que la cristiana.

Por otra parte, si la Tercera Orden tradicional está desapareciendo, no es porque no tenga valor y compromiso, sino por su organización y funcionamiento copiados o imitados de la vida religiosa. La vida laical y su presencia en la Iglesia después del Concilio Vaticano II busca una línea y unas formas diferentes y propias, aunque todavía no esté muy claro cuáles son.

A veces puede parecer que hay una “tensión” entre la Tercera Orden tradicional y la que preveía el P. Colín. En realidad, nunca hubo una contradicción entre Eymard y Colin. Otro hecho es que la tradicional Tercera Orden ha ido evolucionando y cambiando, adaptándose silenciosamente, probablemente de la misma manera y en paralelo a como lo han hecho otras ramas de la Familia Marista.

#### **Algunas consideraciones**

1. La Tercera Orden escoliniana en la medida en que ocupa su lugar original dentro de la visión marista. Aunque sigue siendo un medio de crecimiento personal en la espiritualidad, como subrayó Eymard, eso no tiene por qué excluirla de su plena participación en la misión de los maristas: hacer la obra de María en su reino de misericordia, y hacerla a su manera y con su espíritu. La Tercera Orden no es un complemento de la obra de los Padres Maristas. Más bien es una parte integral de la misión total y a ella pertenece.
2. La Tercera Orden es coliniana en la medida en que pone la menor cantidad de “requisitos” para ser miembro de la misma. El Padre Colin no estaba en contra de las reglas o principios necesarios para un funcionamiento ordenado. Su política de puertas abiertas no pretendía despreciar todas las normas, sino que reflejaba el espíritu de la Virgen y su precaución contra el elitismo. Para Colin, uno no se gradúa en la Familia Marista, sino que es acogido en ella con toda sencillez y con la profunda esperanza de que eso marque realmente la diferencia. Es mejor presentar María a la gente y luego dejar que adopten y adapten su espíritu a sus vidas. Así debe ser también hoy entre nosotros.
3. Una vez que un potencial miembro haya expresado su deseo de unirse (después de un período de información sobre el estilo de vida marista), simplemente daríamos la bienvenida a esa persona como marista dentro de la familia... preferiblemente a través de una ceremonia de bienvenida.

Dentro de la agrupación tradicional de la Tercera Orden, eso se hacía con la ‘profesión’ al final del ‘noviciado’, términos y prácticas tomados de la vida religiosa. Con otros términos y con prácticas semejantes se viene haciendo en muchos lugares la admisión en las fraternidades y en otros grupos maristas. Ese hecho significa por sí mismo que el marista en cues-

ción quiere poner en práctica todas las implicaciones encarnadas en la Familia de María y en su misión. Además, añade una nota de que ser marista es realmente importante, y lo hace público y oficial.

4) Por otro lado, la Tercera Orden tiene una tradición que se remonta a 1850, cuando fue aprobada canónicamente. No sería justo abandonar y olvidar esa tradición, y mucho menos despreciarla. La fidelidad a la visión de los fundadores tiene muchas caras y matices y todos enriquecen el legado que ellos nos dejaron. Quizás una creatividad mayor pueda sacar frutos nuevos de esa tradición.

\*\*\*

“Además, he pedido que baste con estar inscrito en el libro de la Fraternidad para disfrutar del beneficio de nuestras oraciones y buenas obras; porque preveo que algunos pecadores, que necesitarían a María, no van a tener la posibilidad de recurrir a ella. No se necesita nada para participar en nuestras oraciones.

Por lo que se refiere a quienes quieran realizar ciertas prácticas, que sean cortas, y muy sencillas”.

*J. C. Colin, 1838*

“El más grande entre ustedes debe ser como el menor, y el que manda debe ser como el que sirve”

*Lc 22, 26*

## **21.- ORIENTACIONES:**

### **MI CAMINO MARISTA - ¿QUÉ DEBO HACER?**

Cuando se piensa en entrar en la familia o cuando se invita a alguien a considerarlo, la mayoría de la gente quiere saber a qué se compromete; se pregunta: “¿qué tendré que hacer?” La pregunta es válida y pertinente, aunque sólo sea por el hecho de que asumir un nuevo nombre, llamarse marista, lleva consigo hacer algo nuevo.

La pregunta puede responderse a varios niveles. Lo que hacen los maristas empieza por ellos mismos. Hacerse marista en un proceso para revestirse de la mente y del corazón de María, juzgando, pensando y sintiendo como ella. Los maristas hacen la obra de María en este mundo; participan en su reino de misericordia siendo instrumentos de misericordia; comparten el ministerio total de la Sociedad de la que son parte integrante.

La pregunta también puede responderse a otro nivel que a menudo significa: ¿qué prácticas se espera que yo realice para ser marista? Ese nivel no carece de valor y significado. Las prácticas diarias forman hábitos que son activos valiosos para mantener vivo el espíritu, y teneren el punto de mira los objetivos más básicos. Dado que ninguna de las prácticas es obligatoria bajo ninguna pena, las ofrecemos como sugerencias. Pero eso no disminuye su valor.

Más allá de las prácticas (y a veces obligaciones) de los cristianos y católicos, como la misa, los sacramentos, la necesidad de rezar, sugerimos lo siguiente para los miembros de la Familia Marista.

1. Puede que esta no sea la sugerencia más fácil, pero puede ser muy valiosa para revestir la mente y el corazón de María. Reserva un tiempo cada día (quizás 10 o 15 minutos) para reflexionar y meditar. Esfuérzate por convertirlo en un hábito, y así te harás un favor. Nuestros valores y los intereses que buscamos están encarnados en Cristo y en su Madre. Deberíamos pensar y meditar en sus vidas para que influyan en las nuestras.
2. Relacionado con la primera sugerencia estaría el rezo diario del Magníficat de la Virgen María. La oración de María en el momento de su visita a Isabel podría convertirse en una carta de la que extraer nuestros valores y actitudes para vivir el espíritu de María. La recitación orante y atenta del Magníficat ayudará también a hacer de la meditación un hábito en nuestra vida.
3. Esta sugerencia también puede ayudar a la primera. Intenta rezar al menos una decena del Rosario cada día. El Rosario debe ser una forma de meditación sobre los acontecimientos de la vida de Jesús y de María. El resultado debería ser que las actitudes y los valores de María puedan influir en los nuestros.
4. Los miembros de una familia deben rezar por su familia. En este caso sería ofrecer cada día algunas oraciones por la Familia Marista, por su ministerio, por el bienestar espiritual de todos sus miembros. Tal vez para crear un hábito, se podría elegir un momento específico del día para hacerlo, tal vez temprano en la mañana o al costarse en la noche. Es necesario que compartamos las oraciones y las buenas obras de la Familia Marista. Contribuyamos personalmente a ese tesoro espiritual añadiendo algo de nuestra parte.
5. Lo más provechoso es que cada miembro se proponga ser un instrumento de misericordia, y que lo haga cada día. Ni siquiera es necesario salir de casa o moverse de donde uno está. Basta intentarlo durante 10 minutos: pensar, sentir, hacer juicios o tomar una decisión que se base en una actitud de misericordia, como puede ser visitar a una persona o

llamarla por teléfono, expresando así la disposición a la misericordia. Se puede practicar la misericordia muy fácilmente conduciendo el coche (de hecho, ¡a veces es muy necesario!). Probablemente, el padre Colin nos recordaría a diario: sed instrumentos de misericordia.

6. Estar disponibles y estar ahí para la Familia Marista, al servicio de sus miembros. No buscar excusas tontas para faltar a las reuniones de familia. Nos reunimos como familia para animarnos unos a otros, para crecer en el espíritu de familia, para ser más fieles a la herencia marista. Se necesita estar en ellas y que la presencia personal sea imprescindible. Sabemos que esto puede suponer un sacrificio; pero no se trata de eso. El cuidar de otros es menos un sentimiento que una decisión honesta y adulta de hacerlo: hay que estar presente para cuidar.
7. Podríamos mencionar aquí que muchos de los miembros no tienen el beneficio del estímulo de un grupo. Por eso habría que sugerir que ningún miembro permanezca solo durante mucho tiempo. Que cada miembro comparta su vocación con otros. Eso podría dar lugar a un nuevo grupo que esté afiliado a la Familia de María.
8. Se pueden dar muchas otras sugerencias. Que nadie tenga miedo a ejercer la propia libertad y creatividad. Que cada uno haga sus propios propósitos para ayudar a prolongar la presencia de María en este mundo. Esa es la mejor contribución de cada uno.

## 22.- ORIENTACIONES:

### SOBRE REUNIONES Y LIDERAZGO

Toda organización necesita reunirse y encontrar los medios para tener una trayectoria. Las reuniones por sí mismas no hacen a un marista. Por razones de salud o por vivir lejos o aislados, muchos de los miembros no pueden asistir a las reuniones. No por ello son menos capaces de cumplir con la vocación marista.

La cuestión es que, aunque la asistencia a las reuniones no sea el fin de la vocación marista, tampoco hay que desatender las reuniones. La ausencia puede hacer que el corazón se vuelva más apegado al grupo, pero también puede hacer que el corazón olvide. Los grupos organizados lo hacen mediante diversos tipos de reuniones.

Los maristas se reúnen, no para cumplir una ley, sino en última instancia para cumplir su vocación. Se reúnen porque tienen una misión común y desean mejorarla. Se encuentran “en este mundo”, pero nuestro “mundo” es el mundo de Cristo, el mundo de la conversión y la resistencia, el ámbito de su ministerio marista.

Para atender a nuestro “mundo”, los maristas encuentran útil y necesario apoyarse y animarse mutuamente en una misión que ya es de por sí suficientemente oculta y desconocida; no se necesita añadir más peso para hacerla completamente invisible. Esa es una de las razones por las que sentimos la necesidad de reunirnos. Y el mero hecho de estar ahí para expresar los lazos familiares, para apoyarse, para aprender, para descubrir y renovar la misión común, es una forma de “liderazgo” que todos los miembros deberían cultivar.

Un poco de creatividad y de imaginación por parte de todos los implicados puede hacer que las reuniones tengan un objetivo, sean informativas, interesantes, inspiradoras y alegres, como corresponde a una familia en misión.

La asistencia a las reuniones es una forma de cuidar y de participar en el trabajo de la familia. No siempre es fácil y requiere que nos esforcemos. Una buena planificación puede hacer que las reuniones sean menos pesadas, puestas en más sentido, están aderezadas con variedad, estimulan la oración, son alimento para nuestro estilo de vida.

Nos reunimos normalmente para compartir algún aspecto de nuestra herencia marista, redescubrir nuestras ideas para aplicarlas a nuestro tiempo. Normalmente están animadas por el director o coordinador del grupo o por una persona designada. Siempre es de agradecer la oportunidad de variedad y flexibilidad en estas cuestiones. En el fondo, la responsabilidad de un grupo reside en el grupo mismo. No sería correcto que un grupo asumiera la postura pasiva de esperar que una persona se encargue de toda la animación, como a veces ocurre en familia: “papá se encarga de todo eso, y a nosotros solo nos toca estar ahí y escuchar”. Los temas son discutidos para beneficio de todos.

Aunque parezca obvio, no está de más recordar que las reuniones deben empezar y terminar a su hora. Su frecuencia y duración es un asunto del grupo y su decisión debe ser respetada. Igualmente obvio es que las reuniones deben anunciarse con suficiente antelación para que los miembros puedan planificarlas.

Dentro de cada grupo es normal que se elija a alguien para que dirija el encuentro o lo coordine de manera que haya orden y pueda funcionar de forma adecuada y responsable, y quizás un sustituto para cuando el primero no pueda estar presente. Puede ser interesante que haya un par de asesores para planificar y ejecutar las funciones del grupo. Algunos gru-

pos encuentran útil tener un secretario y hasta un tesorero, si es que disponen de algún fondo propio.

La Familia Marista quiere acoger al mayor número posible de personas en la familia. Por ello, puede ser útil y necesario nombrar a uno o varios miembros que se encarguen de la formación y acompañamiento de nuevos miembros para que aprendan y descubran el estilo de vida antes de dar un sí definitivo. Eso no quiere decir que los demás miembros no tengan nada que aportar. Siempre queda espacio para la creatividad responsable.

Para evitar daños inútiles y garantizar la libertad de la familia, no se debe pedir a nadie que asuma o acepte un puesto de dirección o liderazgo que no sea por un período de tiempo determinado, bien especificado por el propio grupo. Al final de ese período, se deberían escoger nuevas personas para esas responsabilidades, a menos que el grupo decidiera el voto de confianza a los mismos dirigentes y les pida continuar por otro período.

Tener y seleccionar responsables no es una abdicación de la responsabilidad personal. Quienes los eligen deben respaldar su elección cooperando con ellos, sobre todo cuando surge una necesidad.

El padre Colin pedía a todos considerarse fundadores por derecho propio. Deberíamos tenerlo en cuenta. Tal vez un grupo podría convertirlo en un ministerio haciendo que uno o dos de sus miembros sean escogidos para guiar a los demás miembros en la difusión y el intercambio del estilo de vida marista. Deberíamos dar a conocer nuestro ministerio marista, no para nosotros mismos, sino porque la obra de María debe realizarse y nos toca a nosotros realizarla. María quiere que todos sus hijos participen, y ese es también nuestro trabajo.

\*\*\*

“En ese mismo Cristo también nosotros  
hemos sido elegidos y destinados de antemano,  
según el designio de quien todo lo hace  
conforme al deseo de su voluntad.

Así nosotros, los que tenemos  
puesta nuestra esperanza en Cristo,  
seremos un himno de alabanza a su gloria”.

*Ef 1,11-12*

## 23.- ORIENTACIONES:

### POSIBILIDADES DE AFILIACIÓN

La conferencia de promotores de la T.O.M. en Roma sugirió abordar el pluralismo y la variedad en la afiliación con creatividad y al mismo tiempo con lealtad a la visión de los fundadores. Los promotores apuntaron a que esto exigiría apertura y voluntad de probar nuevos caminos y descubrir nuevas formas de hacer.

Aquí se sugieren algunas posibilidades de afiliación; unas ya existen hoy, y otras pueden desarrollarse en el futuro, dando siempre espacio a la creatividad de los miembros.

1. Los miembros de la Familia Marista, que permanecen “en el mundo” y no son religiosos, son aquellas personas que expresan su deseo de unirse y son acogidas en la familia. La mayoría de las veces son acogidos en un grupo o fraternidad ya existente. Pero también se puede dar la bienvenida a miembros “suelos” en contacto con alguna comunidad o ministerio. Tampoco se ve una razón por la que un grupo local no pueda tener ciertos miembros “suelos” a través de alguna forma de afiliación.

2. La acogida se puede dar mediante una simple aceptación por parte de los responsables y/o mediante alguna ceremonia de bienvenida. Luego sus nombres son escritos en el registro de una fraternidad o de una coordinación de fraternidades con los datos que permitan comunicarse con ellos y recibir los correos de la familia.

3. También pueden ser acogidos de buen grado en la Familia Marista quienes fueran acogidos así por los Hermanos Maristas, las Hermanas Maristas, las Hermanas Maristas Misioneras. Su acogida reflejaría simplemente la misma lealtad que la de los Padres Maristas, es decir, personas o grupos que encarnan la visión de nuestros fundadores. Todos los miembros de la familia son partícipes de la obra de María y de su Sociedad. Es obvio que no cualquier grupo que trabaje para o en los colegios o parroquias es, por ese solo hecho, una fraternidad.

4. También se podría dar el caso de acoger, tal vez como extensión de la Familia Marista o como asociado a la obra de María, un grupo ya existente que tenga su propia identidad y ministerio, pero que quisiera ser más mariano en su espíritu para inspirar aún más sus obras. Sería el caso, por ejemplo, de un grupo de estudio, un grupo bíblico o de oración, o un consejo parroquial que quisiera tener espiritualidad mariana. Se podría compartir con ellos la espiritualidad marista y la forma de vida. La puerta marista siempre debe estar abierta.

5. Siguiendo la idea del P. Colin de que cada marista se considere fundador, se podría imaginar que a algunos de los miembros de una fraternidad no les importaría reunirse, hablar, discutir o rezar con otras dos o tres personas que pudieran tener intereses similares y que desearan alimentar su interés por ser “maristas”, sin ausentarse de la fraternidad, y mucho menos causar división en ella. Hay razones legítimas por las que algunas personas quisieran ser maristas, pero no pueden hacerlo dentro de un grupo grande, y prefieren pertenecer a un pequeño “subgrupo” que permanezca como oculto y prácticamente desconocido.

6. ¿Por qué no ser “fundador” en la propia casa, con los miembros de la familia inmediata? Familias enteras podrían ser más marianas gracias a nuestros esfuerzos. Así podrían pertenecer a la Familia Marista y participar de algún modo en las reuniones del grupo. La lealtad y la creatividad podrían dar nueva vida a las reuniones.

7. Hay quienes no están preparados para unirse al grupo, pero les gustaría estar informados, estar en la lista de correo. Serían acogidos como parientes lejanos o hijos adoptivos por los

que tenemos una especial atención. El título no es lo importante, el cuidado esmerado por ellos sí lo es.

8. En la mente de Colin, el mundo entero es el ámbito de nuestra visión. Podemos, al menos, acercarnos a esa visión con creatividad, lealtad y haciendo lo posible para ser fundados en las circunstancias que se presenten, aunque no sea cerca de casa o del otro lado de la calle.

9. Cuando el padre Colin hablaba de la conversión de los pecadores y de la perseverancia de los justos, estaba esbozando la finalidad de la rama laical, entonces imaginada como Tercera Orden. No estaba describiendo a los que podían o no pertenecer a ella. De hecho, si sólo los “justos” pudieran pertenecer, nadie podría o daría la nota para integrarse. Nadie se gradúa en la familia de María. Todos somos iniciados en su reino de la misericordia. Por eso Colin insistió en que los “pecadores” podían venir y sentirse en casa.

## EPÍLOGO

### AGRADECIMIENTO... A LO LARGO DE NUESTRO CAMINO

Sospechamos que sería imposible ser mariano de espíritu sin un sentimiento permanente de agradecimiento. Las colinas de Judea rezumaban agradecimiento cuando María dijo: “Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador”. Los sentimientos durarían toda la vida.

El agradecimiento es la conciencia de la misericordia recibida, el incentivo para ofrecer esa misma misericordia. Y eso se acerca al núcleo del reino donde habita María.

Al final de esta modesta presentación -una mera visita introductoria a la casa de María- agradecemos a todos aquellos que nos han ayudado, inspirado y animado a lo largo de nuestro camino. Muchos de ellos permanecen ocultos y desconocidos. Y bastantes no son conscientes de que su presencia ha marcado la diferencia, aunque nunca hayamos podido decírselo, y a lo mejor tampoco fuera necesario hacerlo. Sin embargo, sería una grave privación no estar agradecidos.

Nuestra gratitud por haber observado tantos y tan maravillosos destellos de la Virgen en el corazón de sus hijos, bien puede ser una pauta final para todos nosotros. Nunca debemos subestimar el poder de la presencia, la que evoca recuerdos e imágenes de María entre los apóstoles. “La madre de Jesús estaba allí”. Y eso fue suficiente.

Nuestra misión y nuestra presencia deben continuar porque es la obra de María. Lo bueno de todo esto es que no hemos inventado nuestra Sociedad, como tampoco creamos a los maristas. Como participantes en la obra de María, estamos más bien implicados en el ámbito del descubrimiento. Y eso es un buen motivo de esperanza. La Virgen toca a sus hijos de maneras desconocidas e innumerables, y hay más “maristas” en nuestro mundo de los que podemos soñar. Nuestra tarea es permanecer lo suficientemente sensibles para reconocer el toque de María que nos ha precedido, mientras procedemos a compartir la herencia confiada a nuestro cuidado.

Muy a menudo se nos recuerda que la obra de María no está sólo en nuestras manos. Cuando nos encontramos con un pueblo mariano no nos imponemos ni interferimos. Aplaudimos con gratitud su presencia y seguimos nuestro camino.

Teniendo una sola mente y un solo corazón con María, conscientes de lo que somos, conscientes de cómo deben ser las cosas, Juan Claudio Colin podría recordarnos también hoy: permaneced siempre agradecidos, os llamáis maristas sólo porque María se deleita en estar entre los hijos de los hombres, acoged a todos sus hijos en su familia. Nuestras iniciales T.O.M. traen noticias de misericordia disponible para todos.

Y el Padre Colin bien podría añadir: seguid creyendo en el poder de la presencia, pues aunque parezca oculta e inadvertida, es el camino de María y, en definitiva, la mejor de las revelaciones para que todos la vean.

Que Dios nos bendiga.

\*\*\*\*\*